

EXCMO. SR. D. FIDEL ALONSO DE SANTOCILDES

GENERAL DE BRIGADA



DG CC
D

A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO

EL PRESBITERO

DON PEDRO MARTINEZ Y MARTINEZ

PRESIDENTE

DE LA «SOCIEDAD BENÉFICA BURGALESA»

DE LA HABANA

Hijo de la hidalga tierra representada en Cuba por la benéfica Institución que V. tan dignamente preside, me honro en dedicarle esta *Biografía* del inolvidable y malogrado caudillo burgalés Excelentísimo Sr. General D. Fidel Alonso de Santocildes, merecedor por muchos títulos, de recuerdo eterno entre nosotros y con mayor motivo habiendo sido el primero que presidió, hasta su gloriosa muerte, los destinos de la Benéfica Sociedad, con unánime aplauso.

No en gracia al escaso mérito de mi humilde trabajo, sino en atención al ilustre personaje que lo motiva, estoy seguro que la Biografía, digna de ser trazada por los galanos rasgos del enérgico Quintana ó del cultísimo Lamartine, será favorablemente acogida, nosólo por V., tan encariñado con todo lo que á nuestra querida provincia se refiere, sino por todos los nobles descendientes del Cid.

Su afmo. amigo y comprovinciano.

Andrés Javier García Colina.

Habana y Julio 30 de 1897.



R. 69500

c. 1110228
t. 89081

PRÓLOGO

Sr. D.

Andrés Javier García Colina.

Mi distinguido amigo:

Parece difícil decir nada notable, acerca del heroico General Santocildes, después de publicado por el ilustre escritor militar D. José Ibáñez Marín, el admirable folleto que relata las terribles y gloriosas luchas de SAN ULPIANO, en que aquél figuró como factor principal al lado del sublime Sanz Pastor, labrando una de las páginas más salientes de la pasada guerra de Cuba. Y, sin embargo, Vd., inspirándose en los puros sentimientos del regionalismo, del amor al terruño, del entusiasmo por la provincia, ha logrado vencer todo obstáculo y presentarnos en este folleto el recuerdo del esforzado burgalés, haciéndonos gustar con deleite las fases todas de su vida, hasta llegar á contemplar-

lo en la cúspide, circundado de laurel, respetado su nombre, bendecida su memoria por todo un pueblo.

Honrábame mucho con la amistad de Santocildes, á partir de mi llegada á esta Isla.

Era entonces Teniente Coronel Ayudante del inolvidable General Fajardo. Le visité por primera vez en la Quinta de los Molinos donde ocupaba un pabellón con su familia, y desde aquel día quedó sancionado entre los dos un afecto verdadero, inquebrantable, que se estrechaba de día en día á medida que aquel carácter franco, aquel corazón se me mostraba en toda su espléndida grandeza.

En una ocasión, hube de referirle un recuerdo de la infancia. Estudiaba primer año de latín en el Seminario de Astorga, cuando vino á mis manos un libro en que se historiaba la defensa frenética de la ciudad contra el ejército invasor de Napoleón, mandado por el Duque de Junot. Aún recuerdo el fervoroso respeto con que leí aquellas páginas, recorriendo después los lugares de la muralla por donde los franceses habían dado el asalto, y la colina del Cementerio donde emplazaron las baterías de brecha. Aún está fija en mi mente, tan indeleble como lo estará en el muro de la Catedral, la huella que dejara sobre la piedra alguna granada enemiga, demostradora de que aquel ejército, nada tuvo por sagrado, ni aún los templos

que santifica Dios. Aun siento la impresión que me producía, el ver sobre uno de los capiteles de la vieja iglesia la estatua del rico maragato Pedro Mato, uno de sus fundadores, de la que se cuenta, que los franceses, teniéndola por un centinela al principio del sitio, la acribillaron á balazos, creciendo su asombro al fijarse en que el PLOMO no abatía aquel cuerpo DE BRONCE. Tampoco se abatió el espíritu de los astorganos, que rechazaron numerosos asaltos, terribles intimaciones, y hasta llegaron á pensar en reducir la ciudad á pavesas, y perecer todos dentro antes que rendirse.

Aquella lectura esculpió en mi espíritu de un modo firme un nombre: el de Santocildes, que fué quien heróico y sereno dirigió y mandó la defensa. Había otro motivo para que yo recogiese en el corazón esas épicas impresiones: el de que mi abuelo D. Lorenzo Gómez Ossorio, uno de tantos bravos que, trocando los manteos del estudiante por el fusil del patriota, acudieron á rechazar á los gabachos haciendo prodigios de valor, tomó parte esencial en calidad de Subteniente á las órdenes de Santocildes en la defensa de la plaza de Astorga y de la brecha abierta detrás de la Catedral, muchas veces atacada sin éxito, porque era cubierta siempre por los pechos de los astorganos, que sin alimentos, casi sin armas, rechazaban siempre las avalanchas rabiosas de las tropas de Junot y despreciaban im-

pávidos el horroroso fuego de cañón que se les hacía. Con religioso silencio, escuché más tarde de aquel venerable D. Lorenzo cuando ya contaba 93 años, el reflejo de ese y de otros hechos homéricos, en los que á menudo figuraba otro guerrillero infatigable primo suyo: el que después fué ilustre Teniente General, D. Francisco Ossorio, á la sazón perteneciente, cual él, al Ejército del Marqués de la Romana.

* * *

Largo y tendido hablé con D. Fidel Alonso de Santocildes, el día que descubrí que aquel Santocildes defensor de Astorga era uno de sus antecesores. Entonces me refirió otros episodios de la carrera militar de aquel caudillo. El semblante, la voz del bravo Teniente Coronel Santocildes, tomaban expresión decidida y enérgica al ocuparse de aquellos hechos. Presentianse en la mirada del héroe de San Ulpiano llamaradas de acometividad, de ese misterioso fuego que le habia de conducir en Peralejo á la inmortal gloria.

Después volví á tratarle de Coronel del Regimiento de Isabel la Católica, y presencié su salida para Oriente, y fué heraldo de sus triunfos, hasta verle llegar luciendo la deseada y merecida faja de General. Entonces, sus amigos íntimos le ofrecimos un banque-

te. Aceptó con alarde de verdadera modestia, casi con exagerada modestia que rayaba en la tristeza. Todos recordamos aquel acto que concluyó con una frase suya presagiadora de cercano fin fatal.

—Brindo, mi General —dijo uno— porque pronto veamos lucir en su manga el entorchado de oro.

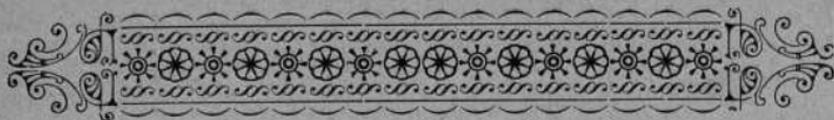
—Gracias, amigos míos,—contestó el General alzando su copa—pero, ¡¡tanto vá el cántaro á la fuente!!

¡Funesto presagio! Poco tiempo después, moría heroicamente en las maniguas de Peralejo.

.....
Y basta de prólogo, después de felicitarle y de repetirle muy suyo affmo. s. s. q. b. s. m,

Severo Gómez Núñez
 Capitan de Artilleria

Habana, 4 de Agosto de 1857.



«No heredarán de mí grandezas ni bienes de fortuna, pero les dejaré un nombre bien puesto.»

Carta del General Santocildes á su esposa pocos días antes de su gloriosa muerte.



Si de algún país ó región pudo decirse nunca con propiedad, que tal virtud ó cualidad de las que distinguen y caracterizan á sus naturales son en ellas ingénitas, es sin disputa de la región castellana, tierra clásica del valor y fértil en ilustres varones que enaltecieron en todos tiempos las invictas armas españolas.

Parece que la Providencia en sus miras sobre las naciones y los pueblos, predestinó á Castilla para que fuese como el corazón de las demás regiones que la circundan, centro y asiento de virilidad

y energías, y asignó á sus hijos la ardua y augusta empresa de asimilar al todo nacional tras largas evoluciones, las restantes comarcas de la Península Ibérica que por sí solas eran débiles para constituirse independientes; por lo que hubo de dotarles de especiales aptitudes políticas y militares con el fin de que pudiesen llenar cumplidamente su elevada misión. Y siendo Burgos (1) la cabeza y cuna de Castilla, necesariamente, según la economía distributiva de la sabia Providencia, habían de participar en grado máximo de las virtudes propias de los castellanos los hijos de esa privilegiada provincia: así es que vemos aparecer en el curso de los siglos caudillos burgaleses tan ilustres como Fernán González, fundador del condado independiente de Castilla: un Sancho-García, el de los *Buenos Fueros*, el primero que nos dió Códigos y Leyes: un

(1) *Burgos Cabeza de Castilla.*—«Los títulos que los reyes de Castilla concedieron á Burgos y que ha ostentado y ostenta en todos sus documentos solemnes, son los de *muy noble y muy más leal ciudad de Burgos, Cabeza de Castilla y Cámara de S. M.*»

«Desde que en el reinado de Don Alonso X empezaron á redactarse en castellano los documentos públicos, se encuentra que en todos ellos se llama á Burgos *Cabeza de Castilla y Cámara Real...* con la particularidad de que durante dicho reinado y el de su hijo D. Sancho *El Bravo*, en casi todos los documentos no se llama á Burgos Burgos, sino *Ciudad de Castilla*; y así se decía en ellos: *Al Concejo de la ciudad de Castilla, cabeza del reino, mi Cámara.*»

«*Burgos cuna de Castilla.*—Burgos fué el punto en que nacieron y residieron los Condes de Castilla, cuya estirpe dió origen á la de los monarcas que después vinieron á reinar en toda España, por lo cual se llama esta ciudad *madre de todos ellos: quæ reges peperit.*—BUTRAGO.—*Guía General de Burgos.*»

Rodrigo Díaz de Vivar, el *Cid*, prototipo del heroísmo y del valor: un Ramón Bonifáz, primer Almirante que con tal título se conoció en la Escuadra española: un D. Pedro I de Castilla, monarca justiciero y audaz cuyos bríos sólo pudo domeñar el puñal de un traidor: un D. Gómez Fernández, Maestro de Calatrava, azote de sarracenos: un D. Andrés de Melgosa, héroe de la conquista del Perú: un D. Juan Martín, el *Empecinado*, guerrillero el más ilustre en nuestras heroicas luchas contra la invasión francesa: y otros mil, cuyos eximios esfuerzos atestigua la Historia General de España y las particulares de Castilla, callando los de muchos más por haber faltado en los pasados siglos cronistas que los consignasen, pues los hombres de entonces se entretenían en describir epopeyas de heroísmo con las pesadas tizonas y no con las ligeras plumas. Burgaleses eran los que en Hacinas y en las Navas contuvieron el bárbaro empuje musulmán, salvando á Europa de la irrupción sarracena: burgaleses los que, bajo el pendón del Concejo de la *Muy noble y más leal Ciudad y Cabeza de Castilla*, asistieron al sitio y toma de Toledo y de Sevilla, de Córdoba y de Granada: de burgaleses se componían en gran parte los inmortales *Tercios Castellanos*, que con su bravura y hazañas en los Países Bajos y en Italia, en Francia y en los Estados alemanes, adquirieron fama y lauros inmarcesibles á la española infantería; y burgaleses había también en Otumba con Hernán Cortés, en Cajamarca con Pizarro, en Bri-

huela y las sierras de Guadarrama con Merino y el *Empecinado*.

Hasta donde las armas y conquistas españolas se extendieron, hasta allí llegó la fama burgalesa, y finalmente, como si las tierras americanas y las ingratas sabanas y maniguas cubanas debieran también proclamarla, para prueba de que aún alienta en esa hidalga tierra la raza de héroes que fundaron la Patria y que saben defenderla conservando ardiente en sus pechos la religión del honor, reciente y viva está la memoria del héroe prematuro de Peralejo, General D. Fidel Alonso de Santocildes, ejemplar novísimo y genuino de la raza de los Cides.

Un Homero necesitaría para cantar sus proezas este moderno Aquiles, y acaso algún culto imitador del vate heleno ensalce un día con inspirado acento sus hechos singulares; pero sea permitido mientras tanto, á una inculta pluma, dedicar estas desgredadas páginas á la memoria del que perpetuó en Cuba la fama y virtudes proverbiales en los hijos de la nobilísima tierra burgalesa, que á pesar de contar una pléyade de famosos varones, desde que sus Condes independientes determinaron la preponderancia castellana, hasta los críticos actuales tiempos, en que la Monarquía por ellos fundada se sostiene potente entre innumerables contrariedades que la combaten, no ha logrado que la posteridad admire los altos é individuales hechos que perpetraron, debido como dejamos apuntado, á que aquellos esforzados castellanos, ocupados casi de

continuo en empresas bélicas, no se cuidaban de singularizar su nombre y sí solo de engrandecer el de la patria, con la que se identificaban sus intereses, glorias y aspiraciones.

Sirva de compensación á la noble cuna de Castilla este debido aunque deficiente homenaje al hijo pundonoroso que tan alto puso en Cuba el nombre burgalés, ya respetable entre los cubanos por otros que le esclarecieron, como Sanz Pastor, compañero de Santocildes en la pasada lucha de doce años; el inolvidable Salamanca, célebre por su indiscutible rectitud y honradez durante el breve período de dos años que ejerció el mando supremo en esta Antilla: y el General Calleja, Gobernador y Capitán General de la Isla al estallar en ella la descabellada actual insurrección.

* * *

Cubo de Bureba, (1) humilde aldea situada al N. E. de la provincia de Burgos en la carretera de primer orden de Madrid á Irún, distante siete le-

(1) *Cubo de Bureba*.—Villa con Ayuntamiento de 536 habitantes sita á 16 kilómetros de Briviesca á cuyo partido judicial pertenece, 55 de Burgos y 7 de Pancorbo. Produce cereales y legumbres, vino, buen queso y lana.

Briviesca.—Ciudad de 3600 habitantes á 46 kilómetros de Burgos, de antiquísima fundación. Plinio y Ptolomeo la nombran *Birobesca*. En el reinado de D. Juan I de Castilla —1388— se celebraron Córtes en Briviesca, ordenándose en ellas que los primogénitos de los Reyes de Castilla llevasen el título de *Príncipes de Asturias*. Tiene notables edificios y sus calles son regulares y rectas.

Velasco.—Indicador general de la Industria y el Comercio de Burgos.

guas de la capital y dos próximamente de la villa de Pancorbo célebre por sus formidables desfiladeros, se honra con ser la patria en cuyo suelo viera la luz primera el héroe-mártir de Peralejo, General D. Fidel Alonso de Santocildes.

Sus padres D. Fidel Alonso de Santocildes y D.^a Demetria, de los mismos apellidos, aunque hidalgos y de ilustre y noble estirpe, ejercían en Cubo el honrosísimo oficio de labradores, conservando sin embargo cierto prestigio y superioridad entre sus convecinos, que no los respetaban por más nobles, pues no es difícil que cualquier labrador en Castilla si se pone á rebuscar papeles, pueda presentar carta ejecutoria de hidalguía, sino por las bondades que en Cubo se debían á la familia de los Alonso de Santocildes.

Es el cultivo de la tierra la ocupación general entre los habitantes de ambas Castillas, siendo raros los que á otros oficios ó industrias se dedican; ya por ser muy apropiado á toda clase de cultivos aquel feracísimo suelo, ya por estar muy repartida la propiedad y diseminada la población en numerosas villas y lugares, particularmente en la comarca burgalesa, contándose pocas populosas, y aún en éstas es la agricultura el principal elemento de riqueza, por lo que solo los jóvenes de las capitales ó de las poblaciones importantes suelen abrazar carreras literarias, honrándose títulos y nobles en administrar haciendas y fincas desde sus casas solariegas. O bien que en esto se echen de ver todavía

los efectos de la sabia administración que diera á sus estados el gran Fernán-González, cuando según las exigencias de la época, repartía entre sus leales súbditos las tierras que iba restando á los usurpadores musulmanes, confiando á los más merecedores la guarda de los castillos y villas fortificadas, para la defensa del territorio.

«Villas y castillos tengo
 Todos á mi mando son
 Los que me dejó mi padre
 Poblélos de ricos hombres,
 Los que yo me hube ganado
 Poblélos de labradores» (1)

Así el castellano, guerrero y agricultor, lo mismo dirigiendo con robusta mano el pesado arado, que manejando la terrible espada, ha sido siempre por su laboriosidad y valor el más firme sostén de la nacionalidad española.

Situada Castilla en el centro de la península Ibérica, altas y escarpadas cordilleras circundan, como murallas naturales, dilatadas llanuras que fertilizan caudalosos ríos. Cubren sus campos ricas mieses, que en el verano semejan tranquilos mares, al balancearse las doradas espigas á impulso de la suave brisa. Numerosos rebaños animan sus lomas y llanadas, prestando amenidad y colores al grandioso cuadro, robustas cepas en cascajales y

(1) Romancero General.

laderas. Alzanse en óteros y colinas sombríos castillos, como vigías y atalayas de los informes poblados con sus rojizos techos, esparcidos sobre el variado paisaje, y por las blancas carreteras y tortuosos caminos vecinales, que, cual cintas de plata, bordean las verdes praderas, se dirigen los honrados labriegos, con sus yuntas, á la feraz campiña, venero inagotable de riquezas y bienestar.

Tal es Castilla, la grande, la tierra clásica del valor y de la hidalguía.

Y no es de extrañar que las dotes de bizarría y bondad de carácter, que tanto enaltecieron la vida militar de Santocildes, fueran sólo fiel reflejo de las que su madre, la patria burgalesa, posee plenamente, y que se complació en comunicarle, segura de que en él no sufrirían menoscabo. Diez años, los primeros de su vida, pasados en el suelo natal, instruyéndose en las primeras letras, asistiendo á la escuela del pueblo, ejercitándose en los inocentes juegos y pasatiempos de la niñez, y ayudando á sus padres en las faenas agrícolas, bastaron para que en el niño Fidel, se arraigasen las virtudes castellanas, de las que había de hacer más tarde pública y brillante ostentación. Recuerdan muchos de los que le conocieron en su niñez, haberle visto divagar por los trigos y sembrados, burlando la vigilancia de sus padres, discurrir por la ancha calzada de Francia y alrededores del fuerte, rodeado de turba infantil, (como si los acaudillase y dirigiese á formal batalla y escogiese posiciones estraté-

gicas), revelándose ya en él, aquella energía, serenidad y ascendiente, que tan apto le hicieron para el mando,

Aquellos lugares que frecuentó en su adolescencia, están llenos de históricos recuerdos, y predispusieron su ánimo á la gloriosa profesión que con tanto aplauso había de ejercer. ¡Cuántas veces, en sentir del ilustrado narrador de las cosas de Burgos, Sr. Amador de los Rios, los dormidos ecos de aquellos montes despertaron estremecidos para repetir, en las concavidades y senos solitarios de estas cumbres, el militar estruendo de las huestes de Castilla, ya acudiendo presurosas al apellido de la tierra amenazada por el enemigo, ya marchando decididas á penetrar devastadoras en los dominios musulmanes de la frontera, ya tornan-do llenas de júbilo á sus albergues, con el botín logrado, ó tristes y macilentas después de una derrota! La Historia, revuelta y oscura de estas comarcas burgalesas, en la época de la Reconquista, brinda con efecto, muchos y muy interesantes cuadros de semejante índole, que la imaginación soñadora juzga ver y se representa de continuo en este suelo, tantas veces regado con la sangre preciosa de los héroes de la nacional independencia y que no pierde su agreste majestad nunca ni en momento alguno. Sobre los abruptos peñascos que dominan á Pancorbo, visibles desde las llanuras de Cubo, se asentaba maciza fortaleza en la que es fama estuvo encerrada la funesta Cava, tan costosa á



España y al cetro de los godos. En esa parte septentrional de la provincia burgalesa, llamada Merindades de Castilla la Vieja, estaba enclavada la República de Lain-Calvo y Nuño Rasura (1) origen del futuro Reino de Fernando el Magno. Y ¿quién sabe si al divagar por la noche alrededor de la cuna del tierno infante burebano los espíritus de aquellos godos belicosos é inquietos por naturaleza que poblaban la antigua Bardulia, imprimieron sobre su frente el sello del fiero Marte que le predestinaba á la difícil y gloriosa carrera de las armas? Ello es que hasta con sus tiernos camaradas simulaba en inocentes juegos, batallas, asaltos y militares formaciones.

(1) *Burgos, República y Condado Independiente.*—Trasladamos por su interés, las siguientes reflexiones, que el ya citado Sr. Buitrago, hace sobre tan importante cuestión histórica.

«La importante posición militar de Burgos en aquella época, era el vértice del ángulo oriental de la monarquía de Asturias. Al conde Diego Porcelos fundador de Burgos, siguieron como gobernadores Gonzalo Fernández, y á éste, su hermano Nuño Fernández. Existían también en Castilla otros Condes, llamados Fernando Ansurez, Almodovar el Blanco, y su hijo Diego.

El desamparo en que quedaba Castilla muertos sus Condes, expuesta á las invasiones de los árabes, sin leyes, sin protección, que no podían esperar de sus émulos los leoneses, el breve reinado de D. Fruela que, con su carácter violento y cruel exacerbó todavía más los ánimos de los castellanos y acrecentó el odio que ya le tenían como sucesor de Ordoño, fueron causas más que suficientes para que, reuniéndose los nobles y preladados de Castilla, determinasen nombrar dos jueces independientes que la defendiesen y administrasen, á imitación de los jueces del pueblo hebreo y de los Cónsules romanos. Designó Suer Fernández en la Junta á Lain-Calvo, militar afamado, y á su yerno Nuño Rasura, juez rec-

O fuera que le viniese por herencia, pues militares, y muy distinguidos los hubo entre sus antepasados. Abuelo materno de nuestro héroe, fué aquél D. José A. de Santocildes, (1) segundo de Castaños, en el mando del 6.º Cuerpo de Ejército, á cuya organización contribuyó poderosamente, y que después de rescatar con sus tropas á Astorga de los opresores franceses, entraba en la ciudad, en medio de los aplausos y entusiasmo justamente debidos de aquel pueblo, que le había visto defenderla con gloria durante veinte y ocho días contra 40,000 hombres mandados por Junot, los que á duras penas se posesionaron de la plaza después de tres días de trinchera abierta, con pérdida de 3,000 hombres, no

to é inteligente para que, erigiéndose en poder soberano, protegiesen á Castilla.

Excusárouse éstos en la segunda reunión verificada en Fuente Zapata, á la que concurrieron sin saber el objeto, pero fueron aclamados, prestándoles juramento de fidelidad y obediencia, y empezando en seguida á desempeñar sus funciones en la villa que tomó el nombre de Bijurico, que después se trasformó en Bisjueces.

Este acto solemne, que se verificó en el año 924 reinando D. Fruela, es el primordial de la soberanía e independencia de Castilla. Lo más notable que hicieron los jueces de Burgos, respecto á administración, fué admitir el sufragio universal, cuestión tan debatida en nuestros días, instituyendo la corporación de procuradores de colaciones, que después recibió el nombre de República. La elección se hacía por el voto de todos los vecinos cabezas de familia, sin más excepción que los presos por delitos.

Muertos Lain-Calvo y Nuño Rasura, fué elegido Gonzalo Núñez, para gobernador, y en las Cortes de Burgos de 930, se le declaró Conde único y gobernador de Castilla y que esta dignidad fuese en adelante hereditaria. Murió éste primer Conde, en 938, sucediéndole su hijo el Gran Conde Fernán-González.»

(1) Véase el apéndice.

sin haber concedido honrosa capitulación á los valerosos defensores. Otros militares ilustres, además de éste D. José A. de Santocildes, que llegó á ser Teniente General y Capitán General de Cataluña, han honrado tan limpio apellido, y legado eximios ejemplos de virtud y fortaleza, que en la persona de Fidel Santocildes, han tenido cumplida imitación.

A la ciudad de Medina de Pomar, antigua residencia de aquél D. Bernardino de Velasco llamado en Castilla el Buen Condestable, fué enviado Fidel bajo la dirección de un reputado profesor á cursar Latín y demás estudios preparatorios, ántes de abrazar una carrera, que por entonces, aun no se había resuelto cual sería.

En poco estuvo que no se le iniciase en la eclesiástica; pues un tío suyo, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos, aconsejaba á sus padres matricularlo en el Seminario de San Gerónimo de dicha Diócesis, plantel célebre por sus estudios teológicos y de donde han salido varones ilustres en las ciencias y oratoria sagradas, contándose, entre otros muchos, el virtuoso P. Martín, actual Preósito General de la Compañía de Jesús; pero otro tío inclinó la voluntad de la familia, tomándose la determinación de enviarle á Toledo al Colegio Militar de Infantería, y que José, hermano de Fidel, ingresase en el Seminario. Mientras tanto, hizo los estudios preparatorios con notable aprovechamiento en el colegio de Almarza de Burgos, en el que estrechó amistad con el que había de ser General D.

Pascual Sanz Pastor, (1) y compañero de glorias de Santocildes en la heroica jornada de San Ulpiano.

Tales fueron los principios, hasta su iniciación en el Arte de la Guerra, del prestigioso caudillo burgalés, víctima prematura de la nefasta revolución cubana. Sigámosle á Toledo despues de haber abandonado á Cubo con sus históricos recuerdos y su casa solariega, en la que dejaba á sus amantes padres, aunque tristes por la separación, esperanzados con el porvenir brillante que auguraban en el Ejército para su hijo más querido.

Los alumnos que el año 1859 cursaban en el Colegio de Infantería de Toledo, conservan grata memoria del día 7 de Junio, fecha del ingreso en él del joven Fidel Alonso de Santocildes.

Al encontrarse con aquel nuevo cadete de apostura gallarda, aire distinguido, mirada dominante y atractiva, modales sencillos y voz sostenida y persuasiva, se sintieron inclinados hacia él por irresistible atracción. Los que con más intimidad y de cerca tuvieron la suerte de tratarle, nunca modificaron esta primera apreciación. Todos presintieron en él un excelente camarada y amigo.

Que fué estudiante aprovechado, lo prueba el haber salido de Alférez á los dos años y medio sin nota alguna desfavorable y ganado la voluntad y

(1) Don Pascual Sanz Pastor, natural de Zaznar, provincia de Burgos, jefe de la Columna de «San Quintín,» en San Ulpiano, murió siendo general de División en Burgos, desempeñando el puesto de Segundo Cabo de dicha Capitanía General el año 1,893.

aprecio de los condiscípulos y la consideración y distinciones de sus superiores. Sin descuidar las Ciencias Exactas, tuvo especial preferencia por los estudios históricos y los relacionados con la estrategia. ¡Con qué fruición en los ratos de ocio, alternando con los autores clásicos, hojeaba las interesantes páginas que la Historia dedica á narrar las hazañas de los antiguos héroes, las batallas libradas de más fama y trascendencia, los hechos singulares de los más ilustres capitanes! ¡Cuántas veces, en alas de su fogosa imaginación, estuvo con Aquiles en Troya, con César en las Galias, con Alejandro en el Asia, con Gonzalo de Córdoba en el Garellano y con Napoleón en Memfis y en Austerlitz, en Jena y en Waterlloo!— ¡Con que interés, en las entretenidas narraciones de nuestra heroica lucha de la Independencia, seguía los pasos de aquellos indomables guerrilleros y la astuta y especial táctica de Mina y el Empecinado!

En una obra de D. Agustín del Príncipe, sobre la guerra de la Independencia, pueden verse aún anotaciones de su puño y letra, alusivas á determinados hechos que más llamaban su atención.

Pero lo que sobre todo le preocupaba, eran las caballerescas hazañas y aislados hechos, de aquellos paladines que abillantaron su espada en empresas casi temerarias y sublimes. Desafiar solo, como el Cid, todo el poder sarraceno; retar uno á uno, como Garcilaso de la Vega, á los más bravos abencerrajes granadinos; vencer en particular duelo,

como Bernardo del Carpio, á los esforzados pares de Francia, esos eran los ardimientos á que le arrastraba su intrepidez.

Y no es que su noble espíritu, influido por lecturas novelescas, se hallase dominado de sentimental romanticismo. Á ninguno de sus amigos se le ocurrió nunca tacharle de romántico, y nadie como él supo acomodarse á las realidades de la vida. Pero hijo de hidalgos y teniendo por ascendientes á ínclitos guerreros, persuadido de que nobleza obliga, fué su norte al ingresar en el Colegio de Infantería, conservar inmaculada la honra heredada, y en su entusiasmo juvenil se propuso acrecentarla con nuevos timbres. Por eso templaba su alma para los acontecimientos del porvenir en las lecturas históricas que tan útiles enseñanzas encierran. En la práctica de evoluciones y maniobras, descollaba entre todos por la precisión y marcialidad; así es que al ejercitarse en el regimiento de Toledo para completar su instrucción, mejor que cadete, parecía veterano familiarizado con el manejo de las armas y los usos de la guerra.—Con los codiciados galones de alférez, regresó en Julio de 1861 á su pueblo natal, que dejó pronto, para incorporarse al batallón Cazadores de Antequera, al que había sido destinado.

Hallábase guarneciendo á Burgos este batallón y ningun punto mejor que la vieja Capital castellana, ciudad madre del valor y los hidalgos invictos, para encaminar los pasos de los iniciados en

el noble arte de la guerra. Asiento del poderoso reino castellano en la Edad Media, corte de belicosos monarcas, centro de donde salieron innumerables expediciones guerreras, ya á contrarrestar y abatir el poderío sarraceno, ya á hacer frente á las inquietas huestes leonesas, aragonesas y navarras, celosas del incontrastable poder del que fué humilde condado, y que amenazaba absorber todos los pequeños estados ibéricos, siempre será Burgos mirada con veneración y cariño por los admiradores de nuestro antiguo esplendor y poderío militar. En su amurallado recinto se desarrollaron interesantes escenas de capital trascendencia para los intereses patrios: en su real alcázar, moraron los soberanos más poderosos de la reconquista: en sus vetustos palacios, vivían aquellos orgullosos magnates y Condestables, que casi igualaban en poderío y siempre en soberbia á sus monarcas: en sus plazas, presenciaron animadas muchedumbres variados espectáculos, festejos en conmemoración de triunfos obtenidos, torneos celebrando régias bodas, lucidas cabalgatas en honor de embajadores extranjeros, desfiles de apuestos ginetes, intrépidos peones y vistosas mesnadas, aprestándose á bélicas expediciones; luchas y colisiones entre opuestas parcialidades y bandos, sangrientos castigos satisfaciendo régias venganzas: la vida en fin, de cuatro generaciones medioevales, tuvo en ella típica y expresiva manifestación. Aún oía Santocildes, entusiasta admirador de las grandezas castellanas, resonar bajo las bó-

vedas de Santa Gadea los ecos del juramento arrancado á Alfonso VI, por el impávido Rodrigo de Vivár; y percibía bajo las severas naves de las Huelgas en grave actitud gentiles mancebos, velando su espada para ser armados caballeros en el altar de Santiago; y reía admirado, en la arena de la plaza Mayor, el guante de García de Paredes, arrojado en son de desafío, retando al menguado que se atreviese á hablar mal de Gonzalo de Córdoba; y escuchaba el rumor de las curiosas muchedumbres apiñadas frente á la mansión de los Reyes Católicos, cuando recibían al navegante genovés de vuelta de su segundo viaje á América rodeado de sencillos indios que llevaban en bandejas el áureo metal, destinado á brillar en el altar de la preciosa Cartuja de Miraflores, digno panteón erigido á la memoria de su padre, por la esplendidez de la más grande Reina de Castilla, la primera Isabel.

Y cuando en sus excursiones nocturnas, el galante oficial, rodeado de afectuosos camaradas todos bravos y militares como él, discurría á la ventura por la ciudad entregada á apacible reposo, ¡qué encantos encontraba en aquellas calles empinadas y tortuosas, en aquellas casas blasonadas, en aquellas murallas maltrechas, en aquellos palacios sombríos! Cuantas veces creyó sorprender amoroso coloquio, entre hermosa dama tras las celosías de calada ventana y apuesto galán oculto en la sombra proyectada por las esculturas de una portada gótica, y percibir las dulces quejas de aristocrática

enamorada, que enojada por los desdenes de su adorado dueño, exhala en amargas endechas su dolor como las que dirigiera al ingrato Cid la sentida Infanta señora de la villa de Zamora:

Acordártese debiera, de aquel buen tiempo pasado
 Cuando fuiste caballero, en el altar de Santiago.
 Mi padre te dió la espada, mi madre te dió el caballo
 Yo te calcé las espuelas porque fueras más honrado...
Dejaste fija de rey por tomar la de un vasallo.
Bien casástete Rodrigo; mejor hubieras casado.....

Si el alma de las localidades, al decir del cultísimo é inimitable Lamartine, pasa al alma de los hombres, es de creer que en el alma de Santocildes tañ asequible á todo lo grande, influyó sobre manera el noble ambiente que satura á la hidalga ciudad de los Condes, predisponiéndole hacia las altas virtudes cívicas y militares que le captaron donde quiera que permaneció algun tiempo, admiración y simpatías generales; que respirando en la misma atmósfera que dió vida á tantos héroes, fuese como ellos corajudo é irresistible en la pelea; que cultivando la amistad y trato de las damas burgalesas, célebres por su hermosura y discreción, fuese solicitado en las reuniones elegantes y tertulias aristocráticas, y preferido por el bello sexo por su finura y distinción.

Estas cualidades cortesanas en nada amenguaron su energía nativa, ni fueron parte á enervar su valor. Así como nadie se atrevió á poner en tela de juicio el del Gran Gonzalo de Córdoba, por más

que, segun refieren sus historiadores, fuese esmerado y elegante en el vestir y gustase de galanteos y cortejos. Por un Anibal enervado en las delicias de Capua ha habido cien Aquiles y Garcilasos que probaron en Troya y en Granada el temple de sus temibles aceros poco ántes esgrimidos en son de fiesta para lucir su gentileza en justas y torneos.

Así, nuestro ilustre biografiado hizo sentir el peso de su espada á los rebeldes cubanos que mil veces se la vieron colgada al cinto realizando su marcial apostura.

Pero llegó el día en que la Patria á cuyo servicio con tanto ardor se había consagrado, necesitase de su personal ayuda.

Santo Domingo, la antigua isla Española, destrozada por civiles discordias, y viendo amenazada su independencia por los vecinos de Haití, pidió espontáneamente la anéxion á la primitiva metrópoli.

El batallón de Antequera formó parte de la expedición, que nuestros incautos gobernantes enviaron á Santo Domingo á apoyar los derechos con que el partido anexionista de la isla nos brindaba, y con él marchó el Alférez Santocildes ansioso de recoger los laureles que tantas veces en sus sueños de gloria había ceñido á la victoriosa frente.

Bien puesto, como siempre, dejaron su pabellón entre los rebeldes dominicanos las tropas españolas; mas habiéndose promovido insurrecciones, se encendió la guerra, dirigida con flojedad desde

Cuba por Narváez contrario á la anexión, hasta que las Cortes derogaron el decreto de reincorporación, regresando en 1866 el ejército expedicionario á España, después de haber gastado en esa descabellada empresa más de 300 millones de reales y haberse enviado más de 30,000 hombres, de los que muchos murieron víctimas de las fiebres palúdicas.

Tres años más permaneció Santocildes, en situación de cuartel hasta el año 1869, en que con su batallón formó parte voluntariamente del ejército expedicionario de Cuba.

El grito de rebelión lanzado en Yara por los revolucionarios cubanos, halló eco entre los ilusos partidarios de Cuba Libre; y las partidas de Maceo, Céspedes, Agüero y otros cabecillas, retaron soberbias á España á una lucha acerba, sin precedente, por el odio, tesón y crueldad desplegados, en los anales de las perturbaciones civiles de los pueblos.

Rios de sangre y montones de oro, había de costar á España ahogar esos conatos de independencia en los ingratos hijos de la rica perla antillana, adquirida para la corona de Castilla á precio de los tesoros de su magnánima reina Isabel I la Católica. ¡Extraño destino el de la hidalga nación castellana! Contrarrestar y abatir el poderío sarraceno: asimilar al todo nacional las regiones ibéricas; descubrir un Mundo Nuevo á la codicia europea; sacrificar sus hijos en empresas de conquistas y civilización: y ver despues sus ricos campos abando-

nados, su industria destruida, exhausto su tesoro, vueltos contra ella los que engrandeció y civilizó, y considerarse sin embargo pagada con exceso, sólo con la inmensa gloria adquirida á costa de tan inmensos sacrificios. ¡Honrosa pero exigua compensación á tan inaudito desprendimiento!

Dominado por estas reflexiones, atravesaría el Atlántico el noble vástago de los Santocildes, ardiendo, como Aquiles, en deseos de pisar tierra cubana para vengar la honra de su patria, sin sospechar que este anhelo, le había sí de satisfacer, pero rindiendo la vida en la demanda.

El 29 de Marzo de 1869, desembarcaba con su batallón en Manzanillo, puerto importante al S. O. de Santiago de Cuba. Esta provincia de la Gran Antilla, y en ella las jurisdicciones de Manzanillo y Bayamo, estaban llamadas á ser el centro principal donde se había de desenvolver y manifestar su incansable actividad, y teatro escogido de sus glorias.

En ella ha tenido la insurrección desde sus comienzos su principal abrigo y defensa y su última guarida, no obstante la continua y tenaz persecución de nuestros sufridos soldados. Situada en el extremo oriental de la isla de Cuba; bordeada de costas con numerosas ensenadas y cayos que favorecen el desembarque de las expediciones filibusteras; relativamente despoblada, pues en 1868 no contaba más de 200,000 habitantes; erizada de escarpadas sierras; cubierta de impenetrables bosques ó maniguas, en las que encuentran fácil susten-

to los insurrectos, en los frutos y tubérculos que en abundancia y espontáneamente ofrece ese fertilísimo suelo, por el que corren, sino considerables, cenagosos rios, algunos caudalosos como el Cauto con sus innumerables afluentes; alejada más de 150 leguas de la Habana, capital de la colonia, y sin vías de comunicación, parece formada á propósito para favorecer los traidores designios de las cobardes huestes rebeldes.

Allí están los poblados de Yara y Baire, en los que se levantó frente á la de la Patria y por primera vez, la bandera separatista en la pasada y actual insurrección; allí la elevada sierra Maestra con sus ramificaciones, nido temible del feroz Maceo; allí las empinadas lomas de Nipe y del Cristal en las que tantas veces han establecido los rebeldes sus campamentos, prefecturas y hospitales de sangre; allí las obscuras y húmedas selvas á cuyo mefítica sombra aún blanquean huesos de españoles: allí, en fin, los montes de San Ulpiano y las sabanas de Peralejos, en los primeros de los que se había de inmortalizar Santocildes con el batallón de San Quintin, y encontrar en las últimas heroica y gloriosa muerte.

El día siguiente á su llegada, salió, formando con su Compañía parte de una columna, á conducir un convoy de raciones destinado á Bayamo. En esta primera operación pudo instruirse en la clase de guerra que se hace en Cuba, y con que contrarios tenía que habérselas. Habíase él imaginado en

su noble ardimiento, encontrarse con un enemigo, que aunque en defensa de una causa injusta, se batiría cara á cara, con arrojo y lealtad, si bien aprovechando las armas y medios lejítimos que las leyes de la guerra sancionan. Pero al ver atacada la vanguardia por grupos de caballería que desaparecían en cuanto se les hacía frente, y el centro molestado por continuo tiroteo sin poderse precisar el punto de donde salían los disparos, y los flancos castigados por enemigos invisibles que se descolgaban de improviso de las ramas de los árboles machete en mano, y la retaguardia hostigada por el fuego de otros, emboscados en los matorrales que bordeaban el camino, y entorpecida á cada paso la marcha de las pesadas carretas por piedras y troncos de árboles amontonados en el estrecho camino y en alguna hondonada ó recodo difícil, ocasión que aprovechaban los rebeldes para cargar sobre la columna con la esperanza de apoderarse del convoy, al ver, repetimos, este género de combatir, no prevenido en la estrategia y táctica militares, el asombro le invadía, y se apoderaba de él extraordinario furor, que juraba hacer sentir á aquellos cobardes enemigos. Después de fatigosas marchas durante un mes de continuo fuego, llegó el convoy á su destino; y apenas repuesto del cansancio, salió Santocildes con parte de su batallón en busca del enemigo acampado en «Los Negros,» cabiéndole parte de la gloria obtenida en la jornada del 16, en que fué atacado y tomado por sorpresa el campamento.

En el resto del año de 1869, continuó operando en las zonas del Centro y Jiguaní, y en las costas del golfo de Guacanayabo, por peligrosas é insalubres ciénagas, fatales á nuestros soldados por las fiebres que en ellas se desarrollan, y las nubes de mosquitos que las infestan; y si la robusta naturaleza del Teniente de Antequera no padeci6 hasta el extremo de aniquilarse cual la del infortunado Comandante don Matías Llorente burgalés de Vadocondes, (1) y compañero de Santocildes en San Ulpiano, no se libr6 del todo de la maligna influencia y enfermedades palúdicas propias del clima, que causan más víctimas en las filas del ejército de Cuba que las balas enemigas, siendo reliquia de ellas la enfermedad reumática que en los últimos años le aquejaba.

Los entonces Capitán y Coronel respectivamente Bouza Cobreiro y Martínez Campos, bajo cuyas inmediatas órdenes estuvo en 1870, fueron testigos del arrojo y serenidad del Teniente Santocildes, ya en las numerosas salidas contra el enemigo por el término de Baire, ya en la conducción de convoyes á Bayamo y toma de los campamentos

(1) El Comandante don Matías Llorente que falleció en 1880 en el hotel "La Unión" de la Habana, era natural de Vadocondes, provincia de Burgos.

Cábele parte principalísima de la gloria alcanzada por el batallón de San Quintín en San Ulpiano en la pasada guerra, pues mandando la retaguardia de la columna cuyo primer jefe era Sanz Pastor, resistió las acometidas del enemigo durante tres días de penosa marcha, por lo que fué recompensado con la Cruz de San Fernando de primera clase.

de «Cambute,» «Silencio,» «domas de Perucho y «Fonseca,» «Güira,» ya en fin, en las reñidas acciones de «Piedra de Oro,» «Faldón» y «las Cajitas.»

Nombrado ayudante del Batallón, pasó á Bayamo, de cuya jurisdicción no salió hasta el 1873, operando sin cesar, y batiendo al enemigo sin que esto le impidiese ejercer en la cabecera los cargos de Mayor de Plaza, Juez instructor de causas é instructor de voluntarios. Tanta actividad le fué premiada con la Cruz Roja de primera clase del Mérito Militar, y el ascenso á Capitán en 1871.

Mandando Compañía, se manifestaron en él de relieve las especiales dotes que tan apto le hacían para el mando, por la energía indomable de su voluntad comunicada á sus subordinados hasta arrastrarlos entusiasmados tras su valiente jefe que veían siempre el primero en el peligro, y por lo inexorable en el cumplimiento de la disciplina militar, que no le impedía ser llano y afable en su trato particular con el soldado.

En cierta ocasión hubo de correr inminente riesgo, por este arrojado temerario que le caracterizaba. Hallábase operando en la zona de Cienfuegos, en persecución de una fuerte partida que intentaba cruzar el Departamento de las Villas, con objeto de invadir la provincia de Matanzas, entonces pacífica, y hacer sentir á la Región Occidental los efectos asoladores de la guerra. Parapetados encontraron á los rebeldes nuestras fuerzas tras las cercas y palmares de un potrero, desde donde desafiaban á los

leales de España con salvaje gritería y provocativos insultos, considerándolos ya víctimas de la superioridad numérica rebelde, gozándose de antemano en su triunfo. A las certeras descargas de los infantes españoles, oponían los insurrectos su astuta estrategia amagando con inútiles cargas al machete. Numerosos grupos de caballería, emboscados en las sinuosidades que formaba el terreno, hacia donde procuraban atraer á la pequeña columna, experiaban un momento de indecisión para desordenarla. Los nuestros se sostenían compactos, y la refriega prometía prolongarse.

Ciego de coraje ante la audacia enemiga, el Capitán Santocildes lanza su compañía á la bayoneta contra las posiciones insurrectas, y como si se le escapase la venganza, se precipita al galope de su caballo rebasando la línea enemiga: acuchilla sin piedad, desordena, dispersa, y semeja fiero león en lucha con innumerables alimañas. Cuando los leales llegaron á las formidables posiciones desalojadas por los contrarios, encontraron á su Capitán á pié, pues le habían matado á machetazos el caballo que montaba, con la espada desnuda, tinta en sangre enemiga, la mirada fulgurante y terrible y el continente augusto, cual un héroe de la Reconquista, triunfante en el campo de batalla.

Hechos de esta naturaleza se repiten en cada página de su brillante historia militar. Compensación á sus proezas fueron otra Cruz Roja y el empleo de Comandante obtenido en 1875. Desde esta fe-

cha hasta el 1878, y en el Departamento Oriental, asistió á innumerables hechos de armas á las órdenes de los Generales Marín, Bargés, Galbis y Polavieja, quienes en repetidas órdenes del día y alocuciones á las tropas, recomendaron y enaltecieron el valor de Santocildes, presentándolo como espejo de bizarría en el ataque, y de serenidad y constancia en el peligro. En Mayo de 1876 se incorporó al Batallón de San Quintín, con el que se habían de identificar sus glorias y fatigas durante cuatro años, conduciéndole cien veces á la victoria, haciendo temible á los enemigos el nombre de San Quintín, y digna su bandera de ostentar otra segunda corbata de la Real y Militar Orden de San Fernando.

Fama acreditada, bien costosa á las hordas de Maceo y Guillermón, adquirieron en aquella época los Cazadores de San Quintín y su bravo Comandante, no solo en la brillante defensa de Baracoa, y en los encuentros de los «Cacaos,» «Pueblo Nuevo,» «Velaseca,» «Potrero del Indio,» «Pinar Grande» y «Trocha de Maceo,» sino también en los sangrientos combates contra la caballería enemiga en «Sabana San Juan,» «Casimba» y río «Filé.» Ya el denodado campeón burgalés conocía á fondo la táctica mambisa, y sabía contrarrestar sus cobardes ardidés. Hubiera él deseado medir con ellos sus armas en regular batalla, ó verlos resistir tras insuperable posición, ó en amurallada plaza fuerte; pero ya que sus únicas proezas consistían en acechar desde las traidoras espesuras de la manigua,

el paso de algún convoy ó fuerza española para caer sobre ella si la veían inferior en número, allí los acosaba y buscaba, en sus madrigueras, con sus bravos de San Quintín: y si él no tenía espectadores de sus hechos, á ellos les propinaba en el palenque de sus depredaciones, la manigua, muerte obscura é ignorada.

Hallábase envalentonado el enemigo aquellos días por algunas relativas ventajas obtenidas sobre columnas españolas, y el Batallón de San Quintín en combinación con otras fuerzas, salió por orden de la Superioridad, en dirección á la famosa Trocha de Maceo, debiendo batir á los rebeldes donde quiera que los encontrase, y continuar la línea de fuertes proyectada por el General en Jefe. Consta- ba la columna de unos 250 hombres al mando del Coronel Sanz Pastor. Se emprendió la marcha el 4 de Febrero. En los cuatro días que debía durar la penosa jornada, estaban reservadas duras pruebas á la pequeña columna, de las que sólo salió bien parada, gracias á la proverbial intrepidez de los bravos de San Quintín, y al tesón y bizarría inquebrantables de Sanz Pastor, Santocildes y Llorente, tres jefes burgaleses, todos dignos sucesores del Gran Campeador.

Las privaciones, sufrimientos y heroísmos de aquellos días de agonía y de gloria, se hallan tan fiel y gráficamente descritas, en unas de las interesantes monografías que el señor Ibáñez Marín, amantísimo de las nacionales glorias, publicó en la

Revista Técnica de Infantería y Caballería, que no podemos resistir á la tentación de transcribir algunos párrafos de tan elocuente y castizo escritor. Los datos se los facilitó al referido señor el mismo Santocildes, que llevó siempre su diario de operaciones, desde que se embarcó en Cádiz en 1869.

«Terminada la construcción del fuerte de Laneros, dividióse la fuerza en dos fracciones, y emprendióse la marcha muy de madrugada, explorando y reconociendo las márgenes del río Naranjo. Reunidas las fuerzas de la columna en el camino de San Ulpiano, se prosiguió la marcha hacia las agüadas de los brazos del río Naranjo, donde se sorprendió una ranchería, haciendo prisioneros cinco mujeres y seis chiquillos. Entre las primeras figuraba la amante del llamado General Maceo. . . .» «Tomóse la dirección de la vereda de Juba, cayendo hacia arroyo Largo; al descender por el cauce, cuando la vanguardia trepaba por la vertiente opuesta, fué bruscamente atacada la retaguardia por un grupo como de 200 hombres. Serían las cuatro de la tarde. Inmediatamente el Coronel Sanz Pastor y el Comandante Santocildes, acudieron al sitio del peligro. Ambos arengaron á la gente; ambos se pusieron á la cabeza del soldado; y al cabo de tres horas de rabiosa pelea, durante las cuales el enemigo trataba de machetear la fracción de retaguardia y de impedir su avance por la loma, llegóse á viva fuerza á la cima, desalojando de ella á los insurrectos. De como sería el encarnizamiento en

la lucha, dá idea la cifra de nuestras bajas: diez muertos y 21 heridos: de éstos dos oficiales. . . . »

«Cesó el fuego una vez anochecido: la columna hizo alto en la posición tomada á viva fuerza, y entonces se pudo apreciar toda la gravedad de la situación. El enemigo se había engrosado con la llegada de nuevas partidas y prevalido de su superioridad numérica, cercó al Batallón de San Quintín, intimándole la rendición. . . . » «A cosa de las diez de la noche, fuerte griterío acompañado de descargas á quemaropa, anunciaba á la columna que el enemigo había recibido mayores refuerzos. » «La noche avanzaba, las raciones del repuesto se habían perdido, municiones no había muchas: además, el enemigo lejos de amainar en sus bravuconadas y en su tiroteo, los aumentaba. . . El cerco de acero estrechaba su radio, percibiéndose claramente las conversaciones que sostenían aquellas fieras, que ya soñaban con otro hartazgo de carne española. . . . » «Con los primeros rayos del sol del día 7, inició la columna su movimiento de avance. Marchaban nuestras tropas con rumbo á la Maestra del Naranjo; durante su itinerario no cesaban de molestarla por los flancos, pues á modo de escolta marchaban á poca distancia grupos de insurrectos. Lo sangriento y porfiado de la jornada, fué para la retaguardia que mandaba Llorente. Serian las doce del día, y el sol apretaba tanto como las fuerzas insurrectas, que de nuevo cercaron á la columna, y de nuevo también le intimaron la rendición, cre-

yendo que aquel puñado de hombres no insistiría en su loca defensa. . . . » « Veíanse unos á otros y percibíanse claramente las voces de los cabecillas que brindaban á los soldados españoles con la vida, si cesaban en su empeño Por cinco ó seis veces el Comandante Santocildes tuvo que romper el cerco embistiendo al arma blanca. . . . Si rudas eran las acometidas, heroicas y hábiles las resistencias. . . y así hora tras hora, replegóse el núcleo de la columna á un montículo para pasar la noche y repararse de las inclemencias de cielo y tierra, y de los rigores de los hombres, con los lamentos de los heridos, con el temblor de los calenturientos y con el hambre y fatiga de cuantos seguían la bandera prestigiosa del batallón, símbolo entonces del creyente, del patriota y del soldado »

« Llevaban ya 44 heridos, y la cifra de los muertos subía á 16. El hambre, la fiebre, los infartos, el delirio, la sed, se habían cebado en los supervivientes ¡ Treinta horas sin agua y sin pan, bajo un sol ardiente, caminando por un *crucis* sin término! ¡ Y aquellos hombres, sin embargo, aún habían de realizar portentos de corage Sanz Pastor y Santocildes, pasaron la noche reunidos. . . Devorados por la fiebre, temblorosos sus cuerpos, aunque enteras sus almas, no acertaban con el resultado de aquella epopeya luctuosa. Sombras por todos lados; la muerte al fin de la jornada: muerte gloriosa, sacrificio de españoles amantes de la fama de su patria y celosos de su personal honor. . .

¡Noche triste en verdad, merecedora de ser cantada con acentos viriles, con ternura, con fibra, con entusiasmo, con locura, con delirios de la pluma subyugada por el noble orgullo nacional!» «Cuando el alba clareaba, Sanz Pastor y Santocildes apreciaron todo lo amargo de su estado Apenas si tenían hombres útiles. Pero había que proseguir hacia el término de aquel Calvario. Al reanudar la peregrinación el tercer día, el enemigo saludó á la columna con una descarga. Veía el decaimiento físico de aquellos leones alentados únicamente por la fiebre patriótica. Pasmábase de aquel derroche de energías, de tanto tesón; de tan invencible resistencia. ¡Eso no puede durar!,—diría en los transportes de su júbilo—¡serán nuestros de aquí á algunas horas! Recontada la gente en aquellos momentos, la estadística era horrenda: veinte y tres muertos; setenta y tantos heridos. El resto de la fuerza aniquilada por la sed, por el hambre, por las fiebres Ya no había brazos para conducir á los pobres heridos, ni para disparar ni empuñar las armas de la patria. Apenas si quedaban disponibles 25 soldados. Sanz Pastor comprendió que había llegado el final de la epopeya. ¡Moriremos como españoles! decía á su camarada Santocildes.—¡Es imposible más, Fidel! Pero el bravo Comandante Santocildes aún aconsejaba mayor resistencia. . . . ¡Moriremos matando, mi Coronel! Con estoicismo numantino se mandó desarmar los fusiles, y enterrar las piezas del armamento, junto á los res-

tos de los pobres soldados Quién pensaba en formar una pira con los inútiles, y dejar expeditos los pocos brazos sanos que restaban, para que rajaran y exterminaran la hueste mambí, muriendo embriagados por sangre. El otro soñaba con llegar al riñón de los insurrectos, rebañar á sus caudillos y vengar así los sufrimientos de la columna. Todos, soldados y jefes, enfermos y heridos, calenturientos, extenuados, locos, llevaban en su alma las energías españolas, y soñaban delirantes con matar en honra de España, y en cumplimiento del sacro deber militar. Ni uno solo sintió desfallecimiento ni uno admitió la posibilidad de rendirse. El jefe de la columna lo había dicho elocuentemente ¡A morir como españoles!» «¿Qué sucedió después? Cabizbajos, rabiosos, avergonzados, deslizábanse por la manigua, las hordas de Guillermón, de Laffite, de Martínez, de José Maceo y de Pacheco. Corrido y avergonzado veía el generalísimo de aquella columna sanguinaria Antonio Maceo como avanzaban las columnas de socorro, y de qué modo tan liberal y tan franco llegaban á dar el abrazo fraternal á los héroes del batallón de San Quintín, lanzando himnos de júbilo y alabanzas por aquel nuevo triunfo de la causa española.»

El corneta del batallón, Cayetano Fernández, despreciando su propia vida por salvar las de sus heroicos compañeros, había cruzado por entre los fuegos enemigos, arrastrándose por entre malezas, salvando ríos á nado, y despeñándose por simas y

precipicios; y noticiosa la primera columna que encontró, del riesgo que corría la del Coronel Sanz Pastor, voló el batallón de Chielana á San Ulpiano, llegando todavía á tiempo de impedir el total aniquilamiento del más glorioso batallón de la española infantería. Esta acción del corneta Cayetano Fernández, calificada de verdaderamente distinguida por el tribunal, al formársele juicio contradictorio, fué premiada con la Cruz de primera clase de la Orden de San Fernando. Las públicas demostraciones de admiración, hechas en Santiago de Cuba y en la Habana á Santocildes y al batallón de San Quintín, prueban la alta estima en que siempre se ha tenido en Cuba á aquel meritísimo cuerpo. En la capital del Departamento Oriental, desfilaba el 14 de Febrero de 1878, el esqueleto del batallón de San Quintín, ó los cuarenta hombres útiles que restaban, por entre las fuerzas formadas de voluntarios, asistiendo un inmenso gentío, que victoreaba delirante á aquellos mártires del deber militar, y los jefes y oficiales que se hallaban en la plaza presididos por los Generales Prendergast, Dabán y Llanos. El acto realizado en la Habana el domingo 11 de Agosto del mismo año, superó por lo imponente y significativo, al efectuado en Santiago de Cuba.

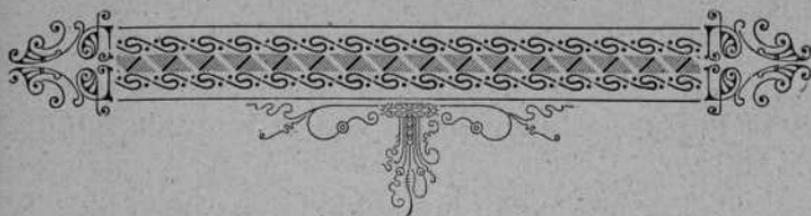
En el extenso Campo de Marte, formaban las tropas rodeadas de multitud de curiosos. En el centro, junto al regimiento de caballería del Príncipe, se destacaba el batallón cazadores de San Quin-

tín, con el bizarro Teniente Coronel Santocildes á la cabeza. Llega el General Martínez Campos con lucido Estado Mayor. Las tropas presentan armas. El General en Jefe lee en alta voz un documento, y antes de terminarlo vivas atronadores salen de innumerables pechos. El entusiasmo llega al delirio, cuando el Pacificador, sombrero en mano, se dirige á la bandera del batallón de San Quintín, y le amarra valiosa y bordada cinta. Era la corbata de la Orden Militar de San Fernando. Igual distinción cupo al estandarte del Príncipe. Numerosas cartas de felicitación recibió por aquellos días Santocildes, de ilustres caudillos del ejército, aplaudiendo su comportamiento en San Ulpiano. Hasta los enemigos de nuestras armas le admiraron, y repetidas veces Maceo y otros cabecillas, en conversaciones, después de terminada la insurrección, recordaron encomiándolos el valor y tenacidad de Santocildes, durante los tres días que duró la jornada que dejamos descrita.

Firmada la ilusoria paz del Zanjón en 1878, dió Santocildes momentánea tregua á su incansable actividad, quedando de guarnición en la Habana. Llamamos ilusoria á la pacificación del Zanjón, puesto que protestaron contra ella los Maceos y otros cabecillas, continuando con encarnizamiento la guerra los años 1879 y 80 en el Departamento Oriental, á donde de nuevo acudió Santocildes mandando el batallón Cazadores de Chiclana, con el que batió con su acostumbrado brío al enemigo

en serios encuentros, contribuyendo eficazmente á la presentación de las partidas de Guillermón y Limbano Sánchez. Pacificada totalmente la provincia de Santiago de Cuba, aún permaneció en ella parte del año 1880, y casi todo el 81 vigilando las costas, y desempeñando otros cargos político-militares de importancia, en Baracoa y Guantánamo.





PARTEMOS por un momento nuestra vista de los sangrientos y enojosos cuadros que nos ofrece la manigua cubana, para presentar á nuestro héroe en una nueva fase de su existencia: la vida de familia y de sociedad, en las que tan bien encajaba por su carácter generoso, expansivo y magnánimo.

El continuo bregar en la pelea, y las repetidas escenas de la inhumanitaria guerra, no habían borrado en su alma bravía, los nobles y tiernos sentimientos; y cual los antiguos paladines, llevaba esculpida en el corazón la imagen de la dama de sus ensueños, á cuyo sólo recuerdo se enardecía y agigantaba en el combate.

Era esta la señorita doña Dolores Miyares y Hernández, perteneciente á una distinguida familia de Cuba.

Tan pronto como la anhelada paz puso fin á la encarnizada lucha, enlazaron su suerte y sus destinos el bizarro burgalés, y la hermosa dama cubana, cerniéndose sobre tan envidiable matrimonio, días de placidez y de ventura.

En las reuniones, visitas y círculos que frecuentó la apuesta pareja, se atrajo siempre los obsequios y distinciones de los concurrentes, á los que cautivaban, así la distinción y belleza de la dama, como la gallardía y gentileza del caballero. Vieron los jóvenes esposos premiado su amor con frutos de bendición, siendo hoy tres los huérfanos de padre tan cariñoso: dos hembras, y un varón que este mismo año salió de la Academia de Toledo con el grado de segundo teniente, dispuesto, aunque mozo, á seguir las gloriosas huellas de su progenitor.

Labrar el porvenir de sus hijos idolatrados, verlos desarrollarse física y moralmente, y llegar en su vejez tranquilo y dichoso, á acariciar á sus nietos, en el poético hogar de la casa solariega de Cubo, tal era el sueño dorado de Santocildes, padre bondadoso y tierno. ¡La muerte implacable trocó esta dicha imaginada por una gloria cumplida!

Por llevar más de nueve años de servicios en el ejército de Cuba, fué baja en él Santocildes, regresando á fines del 81 á la Península. Diósele el mando del primer Batallón del Regimiento de In-



EL GENERAL SANTOCILDES, SU ESPOSA É HIJOS



fantería de Aragón, de guarnición en Tortosa. Tres años próximamente permaneció en Cataluña, habiéndole tocado sofocar en esta región, operando por la comarca de la Seo de Urgel, el movimiento republicano que, en el verano del 83, amenazaba turbar la momentánea paz de que disfrutaba la Nación. Gratos recuerdos dejó Santocildes de su estancia en Barcelona y otras poblaciones del Principado.

A lo simpático de su físico, realizado por el vistoso uniforme militar, se unían recomendables cualidades internas, que le adquirieron el respeto y cariño, ya entre sus compañeros de armas, ya entre las relaciones que cultivaba de la clase civil.

No se podían ocultar á los superiores tan relevantes prendas, así es que al ser nombrado Capitán General de Puerto Rico el Excmo. Sr. D. Ramón Fajardo, se le dió como ayudante al distinguido Teniente Coronel del Regimiento de Aragón. Llamado el General Fajardo á desempeñar el supremo mando en la isla de Cuba, allí le acompañó también su ayudante Santocildes, continuando en el honorífico cargo, hasta el año 1886, en que obtuvo el mando de su querido batallón de San Quintín.

Los soldados de este prestigioso Cuerpo, se mostraron siempre orgullosos de ser mandados por un Jefe que tantas veces los había conducido á la victoria, y salvado de inminentes catástrofes por su pericia y entereza en el mando, viviendo levantado en ellos el espíritu de cuerpo, disciplina y compañerismo.

Estas cualidades son las más valiosas que puede llegar á poseer un organismo armado; y cuando de ellas está dotado, puede entrar en acción con la garantía de la victoria, ó cuando menos de una resistencia gloriosa, sin temor al pánico, al desórden, ni á la desbandada, que tantas derrotas originan. Por eso, al mismo tiempo que regocijados, vieron llenos de tristeza los ejemplares soldados de San Quintín el ascenso á Coronel de su amado Jefe, porque este merecido honor implicaba la separación del ascendido, del laureado batallón. Los Regimientos de la Reina y de Isabel la Católica y el Batallón de Orden Público de la Habana, se honraron desde el año 1889 al 95 con ser mandados por el coronel Santocildes, que se esforzó por implantar en ellos el mismo espíritu de unión y subordinación, que hicieron famoso á San Quintín. En estos doce últimos años de su segunda estancia en Cuba, alternó con el mando de los citados Cuerpos, en el puesto de Comandante Militar de Holguín y Manzanillo.





ERO no había nacido nuestro héroe para el reposo, ni su inquieto carácter se avenía con el ocio y la tranquilidad. Los rumores que acerca de alteración de orden público, circulaban por la isla de Cuba á principios del 95, eran, por desgracia, bien fundados.

El grito de rebelión contra España se había repetido en Baire, y partidas armadas se habían lanzado al monte en el Departamento Oriental. Reproduciase en Ibarra el movimiento, y en la misma Habana se fraguaba secreto y sangriento motín.

Quisose negar importancia al movimiento, dándole carácter político en sentido reformista, pero pronto se vió que los sublevados eran los constan-

tes enemigos de nuestra dominación, los que pretendían con insensato furor, borrar hasta el nombre español del suelo cubano. Antiguos cabecillas y mantenedores de la pasada guerra, letrados y propietarios, estudiantes y bandidos, engañados campesinos, todos, en odioso consorcio, habían ganado la manigua, y abandonado los pacíficos poblados, retando el poder hispano. El Gobernador y Capitán General de la Isla, señor Calleja, ordenó numerosas detenciones de comprometidos en la sublevación; y mientras pedía con urgencia refuerzos á la Metrópoli, desembarcaban en las indefensas costas cubanas, los Martí, Maceo y Máximo Gómez y numerosas expediciones, preparadas en los puertos de los Estados Unidos del Norte de América, esa nación solapada que, pretextando afectuosa amistad á España, es la principal sostenedora de la insurrección.

El Regimiento de Isabel la Católica de guarnición en la Habana, partió hacia Oriente, en busca de los rebeldes.

Hallábase al frente de la Comandancia General de aquella región el General Lachambre, y no obstante, el celo de aquella Autoridad, bien probado en estos momentos en la filipina provincia de Cavite, acaso por contemplaciones del Gobierno, que solo veía en la revolución cubana una exagerada tendencia reformista, no se empezaron las operaciones con decisión y actividad. ¡Tiempo precioso que supo aprovechar la insurrección para extenderse! Cuando las columnas españolas princi-

piaron la persecución de las partidas, ya habían invadido éstas el territorio de Santiago de Cuba, del Camagüey y de las Villas.

La lucha adquirió un carácter tal de ferocidad y salvajismo por parte de los *libertadores* de la *patria chiquita*, que no solo se han cebado en las personas pacíficas caracterizadas por su españolismo, sino en las fincas, ingenios, plantaciones, quintas, telégrafos, puentes y vías férreas, como si quisieran borrar de la Isla, cuyos redentores se proclaman, hasta el rastro de la civilización con que les regalaron los mismos de quienes en vano desafían y rechazan el poder. La lucha prometía ser encarnizada, y ya podían los valientes templar sus aceros. No existía el batallón de San Quintín, pero allí estaba el de Isabel la Católica continuador de las heroicidades de aquél, y á su frente Santocildes, remozado y duro como en los mejores días de su pujante juventud. Volvía á buscar á sus contrarios en los antiguos lugares testigos de las pasadas refriegas, y los atacaría con tesón y sin tregua, y les haría pagar caro el haberle robado los tranquilos encantos del hogar.

—Que vuelva pronto con los entorchados de general y cubierto de laureles, mi coronel,—le decían los entusiastas voluntarios, al despedirle en la estación de los Ferrocarriles Unidos de la Habana.—Que se acabe pronto la guerra, replicó él, correspondiendo cortés y oportuno á las deferencias de los leales hijos de la patria.

El primer Batallón del Regimiento de Isabel la Católica, que salió de la Habana el 28 de Febrero, llegaba á Manzanillo el 3 de Marzo en el vapor *Antinógenes Menéndez*, á las órdenes de Santocildes, saliendo inmediatamente en persecución del enemigo. Obedecía éste las órdenes de los cabecillas Massó, Amador Guerra y Rabí, ocupados los primeros en extender el levantamiento entre los pacíficos vecinos de los términos de Bayamo y Manzanillo, y al frente el último de los alzados en Baire, que ya no aclamaban las reformas, sino á la República de Cuba bajo la presidencia de Maceo.

Conocida la actitud de los de Baire, que habían hecho de las reformas pretexto para organizarse y concentrarse, dispuso el General Garrich saliesen cuatro columnas en combinación con objeto de envolverlos, cosa que no se logró por haberse diseminado los rebeldes en previsión de ser atacados.

Salió de la Horqueta Santocildes con fuerzas de su Batallón, formando parte de una de las columnas combinadas, encontrando al enemigo en las ventajosas posiciones de «Loma Pérez,» desalojándolos tras reñido tiroteo. De vuelta hacia Bayamo, y cuando ya se divisaban las torres de la población, fueron de repente acometidos los cien hombres que llevaba, por más de cuatrocientos ocultos en las espesuras contiguas á una calva de monte que debían atravesar; pero los bravos de Isabel la Católica formaron el cuadro, haciendo inútiles las rabiosas acometidas al machete de los rebeldes, que se reti-

raron con más de cincuenta bajas, sin que ellos pudieran gozarse con la pérdida de uno solo de los nuestros. Al acudir el General Garrich en auxilio de la pequeña columna tan gravemente comprometida, vió al enemigo huir vergonzosamente, y elogió la serenidad y arrojo de la fuerza de Isabel la Católica y de su bravo coronel. Quedó Santocildes en Bayamo organizando guerrillas, después de lo cual se dirigió á Manzanillo con 300 hombres á hacerse cargo de la Comandancia Militar, y de las operaciones en campaña por aquella jurisdicción.

Cada vez que el General Martínez Campos sucesor de Calleja, tocaba en Manzanillo en sus frecuentes excursiones por Oriente, no oía sino elogios de la actividad, energía y bondad de carácter del Comandante Militar.

Con las escasas fuerzas de que podía disponer, pues aún no habían llegado los refuerzos que la Madre Patria, con asombro de las naciones, envió á sofocar esta descabellada rebelión, condujo Santocildes convoyes por tierra á Bayamo; creó guerrillas y nutrió las fracciones de voluntarios; batió al frente de columnas combinadas á las partidas de Amador Guerra, Massó, Rabí, Quintero, Capote y Reitor; protegió los trabajos de la zafra, sin que todo el criminal empeño de los incendiarios pudiese impedir molieran algunos ingenios, y publicó importantes bandos y disposiciones que contribuyeron á reanimar la confianza en los leales, y á que muchas personas solicitadas por el laborantismo, permaneciesen fie-

les á la legalidad, y muchos depusieron las armas, como el cabecilla Aramburo instructor en el campo rebelde, y varios estudiantes de Cienfuegos y de la Habana.

Con este tacto y disposiciones de mando verdaderamente superiores, según confesión del propio Martínez Campos, iba en aumento la popularidad de Santocildes, y á menos la causa de la revolución en aquella parte del Departamento Oriental. Los más audaces cabecillas temían encontrarse con el Coronel de Isabel la Católica, y aún con fuerzas muy superiores, siempre rehuían el combate. Verdad es que se veía secundado por jefes tan animosos como los Coroneles Jul y Vara de Rey, el Teniente Coronel Araoz y el Comandante Baquero.

Bien valían tantos y tan relevantes méritos, el ascenso á Brigadier que le fué comunicado por el cable desde Madrid, el día 22 de Mayo.

Pocos nombramientos y ascensos habrán sido recibidos por la opinión con el unánime aplauso y general alegría con que lo fué el de Santocildes.

Supo él la noticia al entrar en Manzanillo de vuelta con su columna de operaciones. En medio de una lluvia torrencial, atravesó la fuerza las calles de la población, sin que el agua importuna impidiera que en las esquinas y en las puertas de las casas y establecimientos, se aglomerase la gente para tributar merecida ovación al insigne caudillo, que compartía con el soldado las fatigas y privaciones de la campaña. Las damas aclamaban al nue-

vo General augurándole lauros y felicidad en su brillante carrera. Las autoridades le obsequiaron con animado banquete, y el General en Jefe le felicitó cordialmente y concedió algunos días de licencia para visitar á la familia en la Habana.

La breve estancia de Santocildes en la capital de la Isla, fué una continuada demostración de simpatía por parte de particulares, autoridades y corporaciones, al famoso caudillo, genuino representante del heroísmo, generosidad y abnegación de nuestro ejército.

El Muy Benéfico Cuerpo del Batallón de Bomberos Municipales, le obsequió con las insignias correspondientes á su nuevo empleo, y la Sociedad B. Burgalesa con un precioso bastón de mando. En el Círculo Militar se dió un banquete en su honor, pronunciándose entusiastas brindis. A su paso por Cienfuegos, fué obsequiado por los numerosos amigos que sus simpatías le habían conquistado en la Perla del Sur, con espléndido festín en el que abundaron la alegría, el entusiasmo y ardientes votos por la salud y prosperidad del caudillo, de quien tanto esperaba la Patria.

El 25 de Julio ya estaba Santocildes de vuelta en Manzanillo, para hacerse cargo de una Brigada del 2º Distrito.

¡Breve tiempo la había de mandar!

Las partidas rebeldes que de continuo esquivaban encontrarse con él, corrian rumores de hallarse reunidas en los montes de Valenzuela, aguar-



dando se les incorporasen los principales cabecillas de la insurrección, ignorándose el objeto.

El General Lachambre, jefe de la División de Manzanillo, dispuso que el General Santocildes con las fuerzas disponibles de Isabel la Católica se dirigiese á Veguitas, y que en dicho poblado se organizase una fuerte columna, con las tropas que se pudiesen reunir en la jurisdicción.

El segundo Batallón de Isabel la Católica, que andaba operando por las Villas, con tan buena suerte que derrotó y dió muerte á Cazallas, el iluso Comandante de Caballería de Camajuaní, que con fuerzas de su Escuadrón se había pasado al enemigo, llegó en el vapor Gloria al mando del Teniente Coronel Escario. Inmediatamente fué reembarcado en el cañonero Cuba-Española, para acudir á Campechuela, sitiada, según se decía, por el enemigo.

Otros 200 hombres también de Isabel la Católica salieron en el vapor Fausto hacia el mismo punto. Todas estas fuerzas, obrando en combinación con las que se reuniesen en Veguitas, debían dirigirse á las Lomas y sorprender un campamento insurrecto establecido más allá del Cerro Pelado.

La salida de Manzanillo, tanto de Santocildes como de las columnas indicadas, fué en la madrugada del 11. El mismo día á las diez de la noche, entraba el «Villaverde», conduciendo á su bordo al General Martínez Campos. Nadie se enteró de su llegada; pues desde el «Villaverde» á donde llamó al General Lachambre para darle instrucciones, con

una escolta de 200 hombres y la guerrilla de Lolo Benítez, salía á las cuatro y media de la mañana del 12 sin manifestar el rumbo, después de haber ordenado á Lachambre se quedase en Manzanillo, pues á todo trance quería acompañarle. Igual prohibición hizo al llegar al poblado del Caño, á los vecinos de Manzanillo S.S. Ramírez y Solís.

Estos, sabiendo que Santocildes debía estar cerca, decidieron darle aviso de la llegada del General en Jefe, y en efecto lo encontraron á una legua del punto referido, retrocediendo hasta incorporarse con el Pacificador. A las cuatro de la tarde entraban en Veguitas los dos Generales, encontrando allí la columna del Teniente Coronel San Martín, compuesta de 250 hombres del 6º batallón peninsular. Los 400, que con el Teniente Coronel Escario habían salido para Campechuela, se presentaron también á las ocho de la noche. El General Lachambre, con noticias de que casi todas las fuerzas insurrectas de Oriente habían entrado en la jurisdicción de Manzanillo, dispuso el regreso de la columna Escario del proyectado viaje á Campechuela, ordenándole que á marchas forzadas se dirigiese por el camino de Veguitas, en busca del General en Jefe, poniéndose á sus inmediatas órdenes.

Los vecinos de Veguitas no estaban ignorantes de la aparición de las partidas; y varios guajiros lo confirmaron, asegurando que se encontraban apostadas cerca de Bayamo y que se componían en su

mayor parte de gente de color, teniendo á su frente á los principales cabecillas.

A pesar de tan graves aseveraciones y hacerse ascender á 7,000 el número de los enemigos, no desistió Martínez Campos de su empeñado viaje á Bayamo, y el día 13, á las cuatro de la mañana, abandonaba el poblado, con su escolta de unos 400 hombres al mando del Teniente Coronel Baquero. El General Santocildes con los mil cien hombres, que se hallaban reunidos en Veguitas, debía emprender una operación sobre Valenzuela.

Arriesgado y casi temerario, era, en sentir de los jefes y vecinos de Veguitas, aventurarse con tan pequeña fuerza, en una empresa de la que podían salir tan mal librados el prestigio y la honra del Ejército, si por desgracia el General en Jefe sufría un descalabro: pero tenía el intrépido Martínez Campos tomada su resolución, y volver á Manzanillo, ó esperar en Veguitas la llegada de refuerzos y artillería que se pedirían con urgencia á Lachambre, sería tomado por el enemigo como un acto de debilidad; y además, tenía plena confianza en los incomparables soldados españoles. Media hora después que el General en Jefe, salía de Veguitas el grueso de la columna, al mando del General Santocildes. Observando Martínez Campos que le picaba su retaguardia, le reiteró la orden de que siguiese el rumbo prefijado, y que solo en el caso de oír fuego muy nutrido y prolongado, acudiese en su auxilio. Efectuado el paso del río Buey, separóse Santocildes,

siguiendo Martínez Campos por el camino de Bayamo. A las diez, hizo alto la fuerza del General en Jefe, preparándose á hacer el primer rancho, cuando cruzaron á la vista de la vanguardia algunas parejas de caballería enemiga, que desaparecieron sin contestar á las descargas de los nuestros. La aparición de aquellos grupos que no resistían, no dejaba lugar á duda acerca de la proximidad de las fuerzas insurrectas, pudiendo asegurarse que eran exploradores, en acecho de los movimientos, dirección y número de las tropas leales.

Un arriero que venía de la parte de Bayamo, dió á Martínez Campos detalles sobre la situación y número del enemigo.

Sin contrariarse el General en Jefe, dejó como única precaución el camino que llevaba llamado de Solís, tomando el de Barrancas, y envió dos guerrilleros á decir á Santocildes le enviase la guerrilla montada; pero éste repasó el río con toda la fuerza, seguro de que el enemigo estaba cerca.

Las guerrillas de Travesi é Isabel la Católica, practicaron reconocimientos, sin encontrar rastro de las partidas. No obstante, se emprendió la marcha con precaución. El terreno y camino que tenían á la vista, no podían ser más desfavorables y peligrosos, dificultando la marcha lo resbaladizo y blando del piso, á consecuencia de las continuas lluvias, que habían caído sin interrupción, en los pasados días. En una llanada cubierta de espesos maniguales, se abre el estrecho camino de Bayamo,

Más adelante desemboca en una sabana, ó claro de monte, para continuar un trecho entre dos cercas. Interrúmpese luego frente á la palizada de una finca, abriéndose otro á la izquierda, cruzado por dos barrancos. Desde unas colinas próximas, llamadas «Altos de Peralejos,» se domina perfectamente el terreno que acabamos de describir. En él se iba á desarrollar en breve, la sangrienta acción, de la que había de ser héroe y víctima el bizarro General Santocildes.

Era cerca del medio día, y la columna llegó al claro de monte mencionado, cuando, al: *Alto, quién va?* grito de guerra acostumbrado de los insurrectos, siguieron nutridas descargas, dirigidas desde las espesuras, y de todas direcciones sobre la fuerza, que, situada en descubierto, era blanco del fuego enemigo. Sin desconcertarse nuestros bravos soldados, formada la columna en orden de batalla, con la impedimenta en el centro, y el Estado Mayor rodeando al General en Jefe, prosigue el avance Santocildes, contestando á la impensada acometida con regulares descargas. Entonces se generaliza el fuego. Nubes de enemigos brotan de las espesuras, y entre gritos salvajes, insultos y denuestos, convergen sus tiros hacia aquel puñado de españoles, atraídos á traidora emboscada. Las huestes de la manigua amenazan envolver á los valientes de España, y se aproximan los combatientes unos á otros hasta diez metros.

La caballería insurrecta se presenta veloz y

pujante, y carga al machete, tocando los pechos de sus caballos la punta de las bayonetas. Nunca se vió á las huestes de Maceo tan decididas. Su abrumadora superioridad, y la persuasión de que el príncipe de la española milicia iba á caer entre sus garras, con mengua de España y prestigio de la causa de la revolución ante las extranjeras naciones, les daba inusitados bríos. Aumentaba su furor y coraje aquella resistencia inesperada, pues contaban ellos con seguro y fácil triunfo. Pero el digno sucesor de aquel otro Santocildes, que supo burlar al mismo genio de la guerra, y contrarrestar el omnipotente influjo de las huestes napoleónicas, estaba allí para frustrar también las esperanzas de los cubanos insurgentes. Las continuas embestidas y certeros disparos del enemigo, amenazan desordenar las compactas filas de la columna leal. Se dá orden á los jefes y oficiales de echar pié á tierra.

Santocildes, que se hallaba en la vanguardia, y, como siempre, en los puestos de mayor peligro, ve de una rápida ojeada lo comprometido de la situación. Estimula con enérgicas frases á la oficialidad, y comunicando con mágica palabra á la tropa, el ardor bélico de que se hallaba poseído, lanza á la bayoneta las compañías de Baza contra las abrumadoras masas de la caballería de Rabí; retroceden éstas para comenzar el ataque con nueva furia, ruedan por el suelo los ginetes rebeldes á las descargas de fusilería, y aprovechando el desorden,

avanza la columna hasta ganar el camino estrecho que continuaba por entre las cercas.

La lucha se recrudece. Nubes de balas, disparadas á boca de jarro por la infantería enemiga emboscada á ambos lados del estrecho sendero, se ceban en nuestras fuerzas, que intentan cortar la cerca de alambre y desalojar á los contrarios de sus ventajosas posiciones, entablándose una lucha sangrienta al arma blanca. Cinco horas más se prolongó la refriega, llegando á agotarse las municiones. Los mulos, caballos y la impedimenta, se sacrificaron haciendo de ellos trincheras. Se inicia un movimiento hacia la izquierda, y el enemigo notando que ya los españoles no hacían fuego, prorrumpe en gritos de victoria, y, *¡al machete, que son nuestros!* gozándose de antemano en la matanza de aquel indefenso puñado de héroes. Mas la feliz ocurrencia de registrar los cadáveres de los muertos y heridos enemigos, que habían caído hacinados á las certeras descargas de los nuestros, surte de cebo á los fusiles; y cuando la fuerza enemiga, en la acometida que juzgaba decisiva, es recibida á descargas cerradas, retrocede desconcertada, avanzando la columna con su General en Jefe á la cabeza hasta el río Buey, sin ser ya hostigada, pudiendo los soldados saciar su sed en las turbias aguas, después de siete horas de incesante batallar.

El enemigo, conocida su propia impotencia, se había retirado avergonzado, dejando el campo cubierto de cadáveres.



1.^{er} TENIENTE D. JOSÉ SOTOMAYOR

Ayudante del General Santocildes



La pequeña columna se hallaba ya en salvo y próxima á Bayamo, en donde entró á las diez de la noche; pero no entre las aclamaciones y vivas que las muchedumbres entusiasmadas tributan á los vencedores, sino en imponente y pausada marcha, que semejaba silenciosa y fúnebre procesión. Al frente de la columna, rodeados de una escolta al mando de un capitán de Isabel la Católica, y en hombros de abatidos soldados, avanzaban dos féretros en medio de la ansiedad y admiración de los bayameses. Dentro iban los cadáveres del General Santocildes y el de su ayudante Sotomayor. El valiente y pundonoroso General había sucumbido víctima del plomo enemigo.

Se salvó nuestro honor en Peralejo, pero se perdió un caudillo valeroso, cuya muerte fué gloriosa y digna de un héroe émulo de las proezas del Cid, como lo atestiguan á una todos los que se hallaban á su lado en aquella reñida acción. Dicen que en lo más récio de la lucha, multiplicándose en todos los lugares, y comunicando á los demás el ardor y coraje que le hacían irresistible en la pelea, recibió dos balazos en el pecho, á pesar de lo cual, y desoyendo las indicaciones de sus cariñosos soldados que le decían:

—¡Que está usted herido, mi General! Retírese, que se desangra. Respondió impertérrito:—No es nada, hijos míos, dos arañazos.

—¡Adelante! ¡Fuego!

A poco una tercera bala le entró por encima

de la ceja derecha, cayendo del caballo exánime, sin pronunciar más que estas breves y últimas palabras: *¡No me abandonéis, hijos míos!*

Este su último deseo, fué cumplidamente satisfecho.

En los salones del Casino Español de Bayamo, estuvo expuesto al público en lujosa capilla ardiente, el cadáver de Santocildes: fuerzas de Isabel la Católica, le daban guardia de honor, y la población en masa acudió á tributar el último homenaje al héroe mártir del deber militar. Cuantas flores había en la ciudad, fueron espontáneamente traídas, y cubierta de ellas la sala donde se hallaba tendido.

¡Cuán otro estaba del bizarro Álférez que vieron llegar en 1868, en lo más pujante de su juventud! Aquel aire distinguido, que llevaba tras sí las miradas y los corazones, se había trocado en mortal é imponente rigidez: aquella frente serena, llena de energía y majestad, estaba pálida y desfigurada por honrosa cicatriz, de la que parecían desprenderse destellos de gloria: aquella mirada expresiva, que electrizaba al soldado en el combate, se hallaba velada por la fría muerte para nunca más animarse. ¡Pobre Santocildes! ¡Morir cuando la fortuna se le presentaba sonriente, brindándole un porvenir lleno de alhagadoras ilusiones! ¡Cuando la Patria tanto esperaba de su valor y lealtad acrisolados!..

El sentimiento en Cuba, y especialmente en la Habana, Cienfuegos y jurisdicciones de Manzanillo y Bayamo, fué inmenso por pérdida tan irrepara-

ble. En Cuba, era el amigo de todos, y no había persona que no tuviese por él veneración. En los veinte años de su permanencia en la Isla, alcanzó una popularidad, que dudamos haya conseguido ningún otro militar ó funcionario público.

Como Jefe, siempre fué querido de los que mandaba; como Autoridad Militar, siempre encontraron los que acudían á los Centros que presidió, un empleado probo, afable y activo; como encargado de la vigilancia y orden público, fué temido de malhechores y criminales; como Presidente de una Sociedad Regional, fué el encanto de sus provincianos; como subordinado en la jerarquía militar, la confianza y descanso de los Superiores; como esposo y padre, el ídolo del hogar; como caballero, en fin, y particular, considerado, respetado y solicitado en la sociedad.

Así, no es extraño que, al decir de una importante publicación habanera, fuese en Cuba el nombre de Santocildes, sinónimo de simpatía, y que tratarle, equivaliese á quererle. Por su nobleza é hidalguía, tenía preferente lugar entre la aristocracia; por su finura y distinción, se honraban con su trato los más tildados sportsman; por su llaneza y campechanía verdaderamente castellanas, no se desdeñaba de estrechar entre sus manos las callosas y honradas de los hijos del pueblo. Los nobles descendientes del Cid, al fundar en la Habana la Sociedad Benéfica Burgalesa, estimaron que ninguno era tan merecedor de ser su primer Presidente, como

su paisano Santocildes, y aún recuerdan con sentimiento las agradables juntas celebradas en los salones del Casino Español, en las que todo era fraternidad y comunión de sentimientos.

Al ser presentada á la Junta la proposición sobre proyecto de monumento al Cid que había de erigirse en Burgos, orgulloso Santocildes de contribuir al engrandecimiento de tan eximio campeón burgalés, opinó que debía ser apoyada sin discusión, y quedó aprobada por unanimidad. ¡Tan levantado vivía en él el sentimiento patriótico y el respeto á los héroes que la Patria sublima! De cómo él entendía el paisanaje, dió elocuente lección á un soldado de su batallón, que se le presentó en cierta ocasión confuso y temblando, implorando de rodillas perdón, por el castigo á que se había hecho acreedor, pues habiéndose rezagado por una indispensable necesidad, un enemigo oculto le arrebató el fusil, y como, para hacer más fuerza, alegase el título de paisano; le dijo indignado Santocildes.

—*¡Levántese usted, miserable! un paisano mio no se deja desarmar!*

Un incidente ocurrido en la conducción de un convoy á Bayamo, prueba hasta que punto era idolatrado entre los soldados.

Al llegar al poblado del Caño, se vió atacado de fiebre Santocildes; no se puede imaginar el mal efecto que produjo en la fuerza, la noticia de que el jefe de la columna tendría que quedarse allí, encargándose de conducir el convoy á su destino

el coronel Vara de Rey. Pero cuando al salir, vieron montado á su querido coronel Santocildes, renació la animación entre los soldados, y uno de ellos, de Isabel la Católica, gritó entusiasmado:

—¡Ah, el coronel viene! ¡*quíá*, si nuestro coronel es un valiente! *míalo* que barbián!

El entierro del malogrado General y el de su joven ayudante Sotomayor, fué una solemne manifestación de duelo. Todas las autoridades y numeroso pueblo de Bayamo, acompañaron hasta el cementerio el fúnebre cortejo, y una vez en él, las tropas de la guarnición, con el General Martínez Campos al frente, desfilaron en columna de honor por delante de aquellos gloriosos restos.

La prensa de todos los matices, se adhirió en la Isla con sentidos tonos al general duelo, y sería materia para voluminoso libro, extractar siquiera lo que acerca de nuestro biografiado se escribió en aquellos días.

«Siempre es triste, decía la Revista Ilustrada *El Figaro*, la pérdida de un militar valiente y pundonoroso, pero más triste aún, cuando á esas condiciones del guerrero que sucumbe gloriosamente, se añaden las más altas condiciones de simpatía y caballeridad del hombre particular, que deja un recuerdo perdurable en el corazón de sus amigos. Con la amistad del señor Santocildes nos honrábamos, porque en ella encontramos siempre la lealtad de su carácter, su noble espíritu generoso y abierto, y la corrección más delicada.»

«Desde ayer la sociedad habanera está de luto. *Diario de la Marina 18 de Julio.* Desde ayer llora la pérdida del bizarro militar, del amigo excelente, del caballero pundonoroso, á quien no hace mucho demostró su inmenso afecto, celebrando con sentido júbilo el justo ascenso con que quiso premiar el Gobierno, los grandes servicios del Coronel Santocildes. Cuando el pueblo de la Habana le regalaba, en demostración de cariño, las insignias de su nuevo empleo, ¡qué léjos estábamos todos de suponer, que la faja y los entorchados de general, esforzadamente ganados en el campo de batalla, habían de ceder puesto tan en breve, á otras insignias, que nunca se marchitan ni jamás se pierden, porque son las que abren las puertas de la inmortalidad á los héroes que mueren defendiendo su Patria!»

La *Unión Constitucional* se expresaba en los siguientes términos, en su editorial del 17 de Julio: «El bravo general Santocildes ha muerto gloriosamente en defensa de la Patria Santocildes, indomable y resuelto en los combates, dejaba de ser en la ciudad el guerrero invencible, para mostrarse en la plenitud de aquella afabilidad y cortesía que le conquistaban todas las voluntades Pocas veces, como en esta ocasión, puede asegurarse con exactitud absoluta, que el duelo producido en toda la Isla por esa muerte, es tan general como sincero Santocildes era el amigo cariñoso y leal de cuantos le conocíamos, era el prototipo de la hidalguía y la generosidad, era el caballero per-

fecto y el militar sin tacha, que todos tomaban por modelo, y que á todos colmaba de atenciones delicadas; era la simpatía en acción, y la bondad personificada. Este era el hombre en sociedad Su muerte fué digna de su historia militar esmaltada de bizarrias, no superadas en las más grandes epopeyas, que han dado á nuestra raza el primer lugar entre las más esforzadas.»

El Papa Moscas, importante periódico de Burgos, le dedicaba en su número del 21 de Julio, las siguientes expresivas frases:

«El General Santocildes ha muerto, como mueren los héroes de este noble país: peleando por el honor de su bandera. Era un buen burgalés, un español leal que enalteció la Patria, un valeroso soldado.

Como burgalés, díganlo nuestros hermanos de Cuba; como español y como soldado, consignanlo sus altos hechos y su gloriosísima muerte. Nosotros hemos perdido un cariñoso é inolvidable amigo, un entusiasta paisano, un burgalés orgulloso de su país natal, *caballero sin miedo y sin tacha*, como el Cid de quien descendía; pero la Patria, esta querida y desgraciada Patria, ha perdido mucho más. Ha perdido un héroe»

En Madrid y provincias, según telegrafiaban de la Península el día 15, causó grandísima impresión la muerte del bravo General, y toda la prensa le dedicó sentidas frases.

Su Majestad la Reina Regente, en cablegrama

dirigido á Martínez Campos desde San Sebastián, le manifestaba su vivo pesar, por la pérdida del General Santocildes, que tan brillantes servicios tenía prestados á la Patria y al Rey, haciendo extensivo el pésame á la desconsolada viuda é hijos.

Los Ayuntamientos de Burgos, la Habana y Astorga, en actas de solemnes sesiones, hicieron constar el hondo pesar con que se habían enterado de la gloriosa muerte del caudillo burgalés, acordando el primero, hacer celebrar en su honor solemnes honras fúnebres, poner el nombre de Santocildes á una de las calles de la ciudad, y enviar un sentido mensaje de pésame á la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*, y á la viuda del ilustre finado.

Muchas otras Corporaciones se asociaron al unánime movimiento de condolencia, que en toda la sociedad española y habanera produjo tan inesperada muerte, pudiendo citarse entre otros, al *Círculo Reformista de la Habana*, que, en numerosa sesión celebrada el día 18 de Julio, presidiendo el Excmo. Sr. Conde de la Mortera, acordó colocar en sus salones el retrato del General Santocildes, y consignar en sus actas el dolor inmenso con que había sabido muerte tan irreparable.

Han pasado dos años desde la infausta jornada de Peralejo. El mausoleo que por iniciativa del señor Otero debía erigirse en el cementerio de Bayamo, ha quedado en proyecto, como tantos otros, en este país de las contradicciones; pero todos los

buenos españoles han erigido en su pecho un altar á Santocildes, y su nombre se conserva con entusiasmo en letrillas y canciones populares, y no han faltado poetas que le consagren su musa, como el inspirado M. Martín, en el siguiente expresivo

SONETO

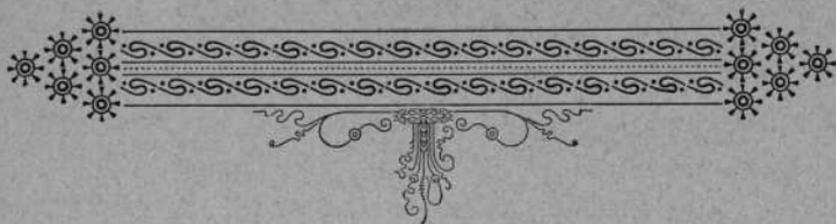
Caiste bajo el plomo parricida,
Mas no pudo arrancarte la victoria;
Y es tu muerte una página de gloria,
Que inscribe nuestra Patria agradecida.

A Peralejo para siempre unida
Irá de tu heroísmo la memoria,
Pues fama eterna aseguró la Historia,
A quien supo vender cual tú la vida.

Fiel á tu voz el indomable ibero
En reducida proporción luchando,
Inmensas huestes sobrepuja fiero.

Y al sellar con tu vida tal hazaña,
Las cumbres de la gloria conquistando,
Cuenta un héroe más la noble España.





APÉNDICE



LOS ALONSO DE SANTOCILDES



LA exquisita amabilidad de D. Santiago Calzada Ramírez, Secretario del Ayuntamiento de Cubo de Bureba, debemos muchos de los datos apuntados relativos á esta distinguida familia, cuyos orígenes y nobleza se remontan á los siglos medios de la reconquista.

El escudo de armas de los Alonso de Santocildes, partido en cuatro cuarteles, ostenta en ellos

alternando, un león en actitud agresiva, y la cruz de Calatrava, coronándolo guerrero casco con largo y esparcido penacho. Muchos militares ilustres ha habido de este apellido, además de don José A. de Santocildes Teniente General y Capitán General de Cataluña, y uno de los más distinguidos en la guerra de la Independencia, por su actividad demostrada ya en la heroica defensa de Astorga, y toma de la misma á los franceses, ya en el mando del sexto Cuerpo de Ejército, el cual organizó completamente, dándole nueva planta, echándose bien de ver los frutos de esta sabia organización, no solo en la batalla de Cogorderos ganada á los franceses, que dejaron infinidad de muertos en el campo, entre ellos el general Valletane y once oficiales prisioneros, sino también en la de Arapiles, acciones ambas en la que tomaron parte principal las tropas del sexto Cuerpo, mandado por Santocildes,

De un capitán de apellido Santocildes, se cuenta un hecho inverosímil, sino lo acreditasen autorizados testigos. Hacia considerables estragos la viruela entre los soldados de la compañía que mandaba, y pereciendo muchos en el delirio de la fiebre por descuido en abrigarse, llevado de inaudita compasión, se acostó con uno de los que más sufría, salvando con el calor necesario la existencia de aquel hijo de la Patria; ejemplo que imitaron los demás, en bien de los atacados, muchos de los cuales volvieron á la vida, con tan inusitado procedimiento, solo creible en un Vicente de Paul.

Otro Santocildes, sorprendió en una emboscada entre Cubo y Pancorbo, aunque iba acompañado por fuerte escolta, á un correo de gabinete de Napoleón, apoderándose de importantísimos pliegos que fueron enviados á la Junta de Cádiz, mereciendo que aquella patriótica Asamblea le felicitase por tan señalado servicio.

Dos hermanos viven del malogrado General don Fidel A. de Santocildes. Uno de ellos, el más joven de todos, está en la República del Ecuador dedicado á las Misiones entre los indios quichuas, y pertenece á la Compañía de Jesús: el otro ejerce en Cubo el honrosísimo oficio de labrador.

Gonzalo A. de Santocildes y Miyares, hijo del héroe de Peralejo, salió de la Academia de Toledo á principios de este año, con el grado de segundo Teniente, destinado al Batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo. Aunque casi un niño, es animoso, y no perderá de vista las gloriosas huellas de sus mayores. No hace muchos días tuvimos el honor de saludar á un sobrino del General Santocildes, el Cabo Alejandro Santocildes Barrio que se halla prestando sus servicios en el Regimiento de Covadonga, número 40, cuya representación está en San Nicolás de Güines.



EL AYUNTAMIENTO DE BURGOS

Por lo expresiva y patriótica, creemos oportuno trasladar aquí la comunicación que el Excmo. Ayuntamiento de la vieja capital castellana, dirigió á la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*, á raíz de los sucesos de Peralejo. Dice así:

Sr. Presidente de la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*.

«El que fué vuestro dignísimo Presidente, General de Brigada Excmo. Sr. D. Fidel Alonso de Santocildes, al morir por la Patria, en la sangrienta jornada de Sabana de Peralejo, nos ha dado á los españoles todos, el alto y consolador ejemplo de que alienta aún en esta Nación, la raza de los héroes que fundaron la Patria, y que, para conservarla, se necesita la ardiente fe que á él animaba en la Religión del honor.

Inclinen todos la frente ante grandeza tanta, y tributemos el Ayuntamiento de Burgos y la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*, á la grata é imperecedera memoria de nuestro héroe, el homenaje de dolor por tan inmensa desgracia, de cariño por el amor que tan vivamente sintió Santocildes á las glorias de Burgos y á los burgaleses, y de entusiasmo por haber muerto gloriosamente derramando su generosa sangre.

El Ayuntamiento se apresura á participar á esa Sociedad los sentimientos de que se halla poseído, por tan inmensa desgracia, y que le han

inclinado á tomar por aclamación en la sesión celebrada el 24 del corriente mes, acuerdos por los que se dispone: que conste en el acta de ese día, el sentimiento de la ciudad por la muerte del preclaro General: que se celebren solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre finado, y de sus compañeros muertos en campaña: que se envíe á su desdichada viuda este respetuoso mensaje del dolor de la Corporación Municipal, y otro mensaje análogo á la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*, de la que fué el General dignísimo Presidente: y, por último, que el nombre del General Santocildes lo lleve en lo sucesivo una de las calles de nuestra Ciudad.

Dígnese esa Sociedad aceptar con benevolencia esta prueba de dolor y de entusiasmo, que la muerte de nuestro preclaro paisano ha inspirado al Ayuntamiento de Burgos, amante como el que más, de todo aquello que hondamente interesa á la integridad de la Patria.

Dios guarde á usted muchos años.

Burgos 31 de Julio de 1895.

El Alcalde Presidente,

MARIANO POLO.»

En cumplimiento de este acuerdo, no una calle, sino la hermosa plaza llamada de *Santander*, se llama hoy en BURGOS PLAZA DEL GENERAL SANTOCILDES.

A este elocuente mensaje de condolencia, del Excmo. Ayuntamiento de Burgos, que, como se dice sin exageración en la Memoria de la referida Sociedad, es orgullo de la provincia y modelo de administradores, se correspondió con el siguiente escrito:

«Excelentísimo Señor:

El sentido mensaje de pésame enviado por ese Excm. Ayuntamiento á esta Sociedad, con motivo de la gloriosa muerte del que fué nuestro dignísimo y primer Presidente, General don Fidel Alonso de Santocildes, ha venido á aliviar en parte el intenso dolor en que desgracia tan inesperada tenía sumida á la colonia burgalesa, huérfana del más amado jefe de familia, que jamás hijos quisieron ni adoraron.

Respetable y glorioso resaltaré perennemente en la Historia el nombre burgalés, en la brillante página escrita con la generosa sangre del valeroso Alonso de Santocildes, en los llanos de Peralejo; pero ni la provincia de Burgos que mereció ser madre de tan preclaro hijo, ni la *Sociedad Benéfica Burgalesa de la Habana*, cuyos destinos con tanto placer rigió durante dos años el pundonoroso Coronel de Isabel la Católica, podrán nunca consolarse ante el recuerdo de pérdida tan inmensa, con la que quedaron frustradas las halagüeñas esperanzas que respecto al ilustre caudillo, honra de la nobilísima tierra burgalesa, ambas tenían concebidas.

Si hasta hoy esta Sociedad tuvo en alto concepto al Excmo. Ayuntamiento de Burgos, modelo de administración y honradez, en adelante, obligada por sus deferencias y atenciones, quedará á él unida por los más estrechos lazos que hace sagrados é indisolubles la obligación común á entrambas Corporaciones, de mirar por los intereses de la provincia querida, cuyo nombre tan limpio conserva, sirviéndonos de edificante ejemplo á todos los hijos de ese privilegiado suelo, el municipio burgalés.

Dígnese V. E. admitir las más rendidas gracias,

que tanto la Sociedad como la
 Señora viuda del malogrado Ge-
 neral, le envían por mi conducto,
 agradecidas por las salientes
 pruebas de consideración y respeto
 tributadas por ese Excmo. Ayun-
 tamiento que V. E. tan dignamen-
 te preside, a la esclarecida memoria
 del inolvidable don Fidel Alzaso
 de Santocildes.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Havana, 8 de Octubre de 1895

Pablo Carral.

